

Nosotros escribimos un artículo comentando datos publicados en son de triunfo por los diarios ministeriales, sobre el material de guerra construido y en construcción.

Nuestro colega se aventura á decir que hemos faltado á la exactitud de los datos que publicó, *y esto es grave tratándose de un periódico en quien debemos suponer buena fé.*

¿Nos referíamos expresamente á los datos de *La Epoca*? ¿La citábamos una sola vez?

¿Hay diferencia, de una unidad siquiera, entre las cifras de los diferentes instrumentos de destrucción expuestas por la prensa ministerial y las que copiamos en nuestro artículo?

¿Hemos inventado la frase *Aumento de fuerza*, que en letras gordas ponian los diarios satisfechos en ese manifiesto al país, escrito con la lógica de Schrapuells?

Mientras *La Epoca* no pruebe eso, resultará lo que ya sabemos, que nuestro colega es tan sóbrio de razones y tan pródigo de palabras, que muy amenudo las palabras le llevan á estrellarse con la razón.

Nosotros hemos copiado, lo repetimos, la frase de los diarios ministeriales *Aumento de fuerza*; nuestro colega es quien habla de *alterar la cifra del ejército permanente*, y nos inspira esta sencilla reflexión:

En nuestro artículo probamos, sumando los fusiles y carabinas de que nos han hablado los diarios ministeriales, que á fin de mes (para cuando el ministerio tenga que contestar en las Córtes á la razón de las oposi-

ciones), tendría disponibles 224,000 armas de fuego para infantería y caballería.

*La Epoca* nos dice ahora que *todavía hay que invertir grandes sumas* para no carecer del armamento *absolutamente necesario*.

¿Cuenta hoy nuestro ejército más fuerza de 224,000 hombres, único caso en que las 224,000 armas serian *absolutamente necesarias*?

¿Qué objeto se propone el gobierno pensando invertir todavía *grandes sumas* en armamento, si no hemos de tener soldados bastantes para que lleven 224,000, y los 7,000 más que se habilitan cada mes, á no ser que á cada soldado se le ponga un fusil sobre cada hombro?

Conste que no somos nosotros quienes hemos dicho una sola palabra sobre alterar la cifra del ejército permanente: conste que *La Epoca* es quien, pronunciando esa frase, nos ha inspirado esa reflexion; y buscando ella la sabiduría de los doctores de la guerra (si es que su concomitancia con ellos no le ha dado la ciencia infusa del cláustro de los O'Donnelles y los Ustáriz), haga una obra de caridad contestando á esa reflexion de nuestra ignorancia, convenciendo al que, poco aficionado á las cosas de guerra, no sabe de la ciencia más que tres cosas: sumar fusiles como manda la aritmética; sumar millones como los suman los contribuyentes; sumar soldados como los suman los padres de familia.

*La Epoca* se ha extraviado suponiendo que profesamos *la teoría de que no hacen falta baluartes cuando*

*los patriotas presenten su pecho descubierto al hierro del enemigo:* en primer lugar, no se trata por el momento de baluartes, sino de 224,000 armas de fuego, á dos próximamente por barba de soldado, ¡y esperamos que *La Epoca* no excluya el patriotismo del pecho de los pobres soldados! Pero ya que ha planteado así la cuestion, le haremos por despedida las siguientes preguntas :

¿Qué baluartes, qué eminencias del arte y ciencia (todo junto), salvaron la independendencia de España en 1808?

¿Qué baluartes, qué hombres con faja salvaron á Carlos X en 1830?

¿Qué baluartes, qué hombres de guerra, estuvieron al lado de Luis Felipe en 1848?

¿Para qué sirvieron el baluarte de Pamplona y el general O'Donnell en 1841?

¿Qué baluartes, qué guerreros se opusieron á los doce hombres de corazon en 1854?

¿Tras de qué baluartes, tras de qué grandes capitanes se colocaron *La Epoca* y su ídolo, disfrazados de patriotas, ella con su chascás de caballería, él con su levita de comandante, los dos á la sombra de los adosquines removidos?

¿Qué baluartes, qué sabios en operaciones de guerra han estorbado los insultos de la morisma en Melilla?

¿Qué baluartes, qué grandes capitanes son los que nos han servido para venir al estado en que nos encontramos despues de la guerra de Africa?

¿Qué baluartes, qué pedante de uniforme se apoderaron del reino de las Dos Sicilias?

¿Qué baluartes, qué generales salvaron á Francisco II, fugitivo de los baluartes de Gaeta?

*La Epoca* nos perdona graciosamente nuestras ligerezas; nosotros la perdonamos caritativamente sus manías: ella tiene por oficio manejar diccionarios fraseológicos y de sinónimos; nosotros hemos adoptado el de estudiar la lógica y la historia: ella se extasa ante la fuerza; nosotros ante la razon: ella duerme con pesadillas, mientras tiene de centinela á Schrapuells; nosotros estamos tranquilos, mientras vela por nuestra causa Guttemberg. Ella grita: «¡Armémonos!» Nosotros repetimos nuestro desaffo: «¡Desarmadnos!»

Octubre 29.—1860.

### III.

Si *La Epoca* fuera un periódico con quien se pudiera discutir como Dios y la lógica mandan; si no nos hubiera dado tantas pruebas de que toma y deja las polémicas segun la conviene y en el punto que la conviene, pondriamos interés en ventilar con ella la cuestion de armamento que ha surgido de un insignificante artículo de *La Iberia*, y que ha inspirado á nuestro satisfecho colega no sabemos cuántos sueltos, que reclaman algunas palabras de nuestra parte, por más que,

como de costumbre, empiece ya *La Epoca* á discutir á saltos, involucrando, con la cuestion principal, otras que no eran del momento.

No ha sido *La Iberia* quien ha dado á luz los estados de armamento; ha sido la prensa ministerial: de esos estados ministeriales entresacamos nosotros los datos que han incomodado á nuestro colega. Vamos á copiarlos literalmente:

CONSTRUCCIONES VERIFICADAS EN LAS FÁBRICAS Y  
FUNDICIONES.

Carabinas y fusiles rayados.....	30,000
Armas recompuestas y trasformadas parte de ellas en rayadas.....	71,000

ARMAS DE FUEGO.—CONTRATAS PENDIENTES.—PRODUCTO  
MENSUAL.

Puntos de la fabricacion.	RAYADOS.			Totales.
	Fusiles.	Carabi- nas.	Rewol- vers.	
En Inglaterra.....	30,000	20,000	»	50,000
En Bélgica.....	»	30,000	»	30,000
En España para contratarse..	36,000	»	»	36,000
Producto mensual en nuestras fábricas.....	1,000	1,000	80	»
Este producto debe elevarse á	2,000	2,000	»	»
Se recomponen mensualmente, trasformándose alguna parte en rayados.....	3,000	»	»	»
Total, dejando aparte el producto mensual y de composiciones.....	»	»	»	217,000

¿Tiene *La Epoca* alguna inexactitud que señalar en esta suma? Creemos que no, y que aceptará las 217,000 armas de fuego. Vamos ahora al producto mensual, que nuestro colega fija en 1,000 por el momento, y muy pronto en 2,000; pero el periódico de la exactitud se ha olvidado de los 3,000 fusiles que se recomponen mensualmente, y que, unidos á los anteriores, forman, á fin de Octubre, la suma de 221,000 armas de fuego, y de 225 á 226,000 á fin de Noviembre.

¿Son inexactos estos datos? Cuénteselo á quien los ha publicado, y no á nosotros que los hemos aceptado tales como los hemos leído.

Las esplicaciones que añade nuestro colega, no alteran esas cifras: que estén listas ó torpes las fábricas extranjeras, no hace al caso; de lo que se trata es de saber si es cierto que tienen el encargo de construir el número de armas que se ha dicho. Dos noticias, sin embargo, nos han llamado la atención: primera, que el efectivo de nuestro ejército sea de 270,000 hombres, dato de que tomamos acta para hacer uso de él en su día; segunda, que sobre el armamento expresado de 226,000 armas á fin de Noviembre, aun tenga tentaciones el gobierno de gastar el que representan *veinte millones de reales*, que daría en el acto, segun *La Epoca*, si en el acto tuviera disponibles los veinte millones, que buena falta le están haciendo para pagar atenciones tan sagradas como las obras públicas, por ejemplo, que no sean cuarteles.

*La Epoca* cierra sus observaciones con dos que no tiene contestacion: *La Iberia*, dice, *nos dispensará que*

*no entremos en una multitud de detalles que por ahora no conviene* (¡lo que son los secretos de Estado!) *que vean la luz pública.* (¡Acaso conviene que vea la luz algo de lo que pasa en esta situación!) *A La Iberia le parecen muchas esas armas; pues en nuestros almacenes debe haber un respuesto, y no se asombre de MEDIO MILLON DE ARMAS, para el remoto, pero posible caso, de una guerra de invasion.* Ya lo oís, contribuyentes: sobre las 226,000, sobre el producto y recomposicion mensual, sobre el armamento que representan veinte millones de reales que el gobierno daría en el acto si no anduviera de puerta en puerta pidiendo dinero, se necesita medio millon de chopos; es decir, ¡que contando las cifras anteriores, este gobierno no se contentan con menos de OCHOCIENTOS MIL FUSILES, que representan OCHOCIENTOS MIL ESPAÑOLES sujetos por la ordenanza á D. Leopoldo!

Y aquí llegamos como por la mano á la parte de nuestro artículo, origen de esta polémica, que *La Epoca* ha dejado sin contestacion satisfactoria: á los motivos en que puede fundarse esa hidrofobia de instrumentos de matar.

¿Vamos á emprender otra como la de Africa? preguntábamos: *La Epoca* se calla, como quien está satisfecha con las coronas y las espadas de D. Leopoldo.

¿Estamos amenazados de alguna invasion? *La Epoca* nos dice que es un caso remoto, pero posible; nosotros estamos dispuestos á probarla con sus propias palabras y las de sus compañeros de fatigas, que ese caso es un absurdo.

¿Para qué queremos todo ese material de guerra? *Para arrollar con el brusco empuje del paso de carga al himno de Riego.* ¡Acabáramos!

El paso de carga tocaban las legiones de Napoleón cuando invadieron nuestra patria; preguntad á vuestros padres, fugitivos por las montañas, qué efecto les producía ese toque: el paso de carga no es más que la señal de degüello de la fuerza bruta: ¿qué haceis los que os extasiáis con él, que no arrojáis vuestra pluma y sentáis plaza de trompetas en un escuadrón de caballería?

¿Os ofende el himno de Riego, que es ya la expresión del patriotismo cantado? Todos los pueblos sienten en momentos determinados, enardecerse sus almas con acentos, que todo el mundo canta; el hombre de corazón, se temple al oírlos, el himno que así se exhala de todos los lábios es eterno, y nadie tiene poder para profanarle; semejantes á las banderas sagradas suspendidas de las bóvedas de los templos, y que solo salen al público ciertos días, el canto nacional se guarda como una arma extrema, para las grandes necesidades de la patria.

Fernando VII dejó á su hija un ejército numeroso, y una guardia real, á quien habían enseñado á tocar el paso de carga: el paso de carga fué el toque de don Carlos; Isabel debió el trono al pueblo, que sentía estremecido el corazón con las vibraciones del himno de Riego: ya os hemos probado, con la autoridad de Martínez de la Rosa, por qué se peleó en Arlaban, en Mendigorria y en Luchana.

¡Y quiénes sois vosotros los que así renegais de la idea que lleva consigo el himno liberal! ¿Quiénes sois? ¡Hijos oscuros del pueblo como nosotros, hombres como nosotros, nacidos para morir como habiais nacido, sin que nadie se apercibiera de que existiais, á no haber resonado por cima de todos los pasos de carga del absolutismo, el himno de triunfo de la libertad! ¡Acaso no le habeis entonado cuando aspirábais á daros á conocer! ¡Acaso no formásteis parte del coro en 1854! Si sabemos cómo os llamais, es por ese himno; si escribís, es por ese himno; si subís á la tribuna, es por ese himno; si medrais, es por ese himno; si ocupais posiciones en que no podiais soñar, es por ese himno.

¡Lástima nos inspira quien como cosa corriente, con un candor deplorable y un estilo provocador, se lanza á decir en dos renglones:

*El himno de Riego será siempre arrollado por el brioso empuje del paso de carga.*

Es decir, la fuerza es superior á la idea; nosotros os retamos á que sostengais esta mentira histórica: ¿á que no admitís el reto? Nosotros os probaremos que el himno de Riego, grabado en el corazon de España, es el eco de la inmortal confianza que inspira el patriotismo, y que á él habrá que apelar, siempre que sea necesario despertar en el alma del pueblo la embriaguez del combate. Nosotros os probaremos que cuando hubiérais reunido las 800,000 armas y llegara el caso de pelear, sería preciso que el himno de Riego sacára de sus casas á la juventud necesaria para empuñarlas. ¡Pues qué! Ayer, sin ir más lejos, ¿no permitísteis to-

car ese himno en España, cuando llevábais á nuestros soldados á Africa, á conquistar un título de duque, y á cantar no sabemos qué parodia de himno dedicada á O'Donnell, que no os atreveríais ahora á entonar en público por temor á una silba?

Y si el empuje del paso de carga arrollára siempre al himno de Riego, ¿por qué el recuerdo del himno os detiene á cada momento, y dejais á un lado el paso de carga? Vosotros ya lo habeis dicho: por vuestro gusto iríais al paso de carga á restaurar á D. Francisco de Borbon y la duquesa y el inocente de Parma; ¿por qué no vais? por el himno de Riego: vosotros por vuestra afición, iríais á aumentar el paso de carga del Austria; ¿por qué no vais? Por el himno de Riego: vosotros segun vemos, sois unos torpes, pasando tantos trabajos para que las Córtes os voten los presupuestos, que es lo que os interesa; ¿por qué no sacais dinero á paso de carga? por el himno de Riego: vosotros, ya os lo hemos dicho, sois unos insensatos, que pasais el tiempo enviándonos cada veinticuatro horas 24 columnas de sofismas ministeriales, en vez de convencernos con las puntas de las bayonetas; ¿por qué preferís la pluma á las puntas aceradas? por el himno de Riego: vosotros teneis propósitos reaccionarios bien manifiestos; ¿por qué trabajais para disfrazarlos? ¿por qué no los realizais al paso de carga? por temor al himno de Riego?: vosotros nos meteis todos los días el corazon en un puño, con sobresaltos y congojas de lo que se anuncia por esta ó por la otra parte; ¿por qué os inquietais, teniendo la seguridad de que el himno de Riego será siem-

pre arrollado por el brioso empuje del paso de carga?

La verdad es, que vuestros alardes de fuerza y vuestras amenazas, son la mayor y la más grave imprudencia con que aquí se ha desahogado nunca la debilidad impotente; contaos, la cosa es fácil: para pasaros lista no hay más que tener en la mano las nóminas de empleados. ¿Cuántos sois? Cien mil si quereis. Contad en seguida el país; presentadnos un principio salvador que pueda protejeros; no teneis ninguno; la nacion invoca el gran principio del siglo: reconoceos; sois conspiradores que se esconden, despues que comprometen al soldado para que se subleve en Pamplona; para que haga descargas cerradas sobre la cámara de la reina; para que se rebele en Vicálvaro: mirad en torno vuestro, y vereis que cuando vosotros os escondéis, el pueblo sale á dar la vida por su idea. ¡Y sois vosotros los que os aventurais á invocar la fuerza y á lanzar desafíos á la opinion! ¡Y creéis que esas imprudencias no han de dar resultados que todos tengamos que lamentar!

¿Tan ciegos ó tan desesperados estais que no os dice nada la experiencia, que no recordais las lecciones de la historia, que admitís como buenas las máximas más desacreditadas del absolutismo? Que vuestro duque de ex-Tetuan copiará á esos políticos de cabeza menguada y espíritu testarudo, á quien se deben todos los cataclismos de Europa, pase; pero que vosotros, hombres de reflexion y estudio, convengais todavía en que el sable puede conjurar el espíritu de revolucion, hé aquí lo que nos asombra; os lo decimos hablándoos con

la sinceridad que pudiera hablaros quien más vivamente se interesára por vosotros, descendiendo á las más ínfimas consideraciones, á las de vuestra conveniencia personal.

La arbitrariedad, recordadlo, por su misma naturaleza, desarrolla en torno suyo la irritacion: el orden aparente no es más que el desórden aplazado; expresada ó comprimida, la desafeccion del pueblo es la revolucion en permanencia; medid esta situacion y convenid en que sois unos imprudentes, invocando por toda razon la fuerza, por todo argumento la amenaza.

Un navío marcha á velas desplegadas, con un viento regular, sobre una mar compacta como un espejo, bajo un cielo azul, á la luz de un sol de julio; la ola duerme y retiene su murmullo, sin que haya una sola sacudida para el navío. El capitan, de pié sobre el puente, dá de vez en cuando una voz de mando, en medio del silencio más profundo, y bendice en su interior la buena fortuna de la travesía; verdad es que sus piés han notado que las tablas del puente estaban más calientes que de costumbre, pero lo atribuye á la fuerza del sol; verdad es que ha sentido rechinar las maderas, pero eso en tiempo de calor no es un mal augurio mas que para un capitan sin experiencia, no para el que sabe á qué atenerse. Viene la noche y se va á dormir. Mientras tanto, una mano imprudente levanta la escotilla; una columna de humo se abre paso por ella, y un grito terrible resuena por todas partes: «¡fuego á bordo!» El navío, un momento antes tan tranquilo y tan magistoso en su marcha, bajo la gerarquía de sus gran-

des velas, llevaba dentro de sí su propia destrucción. El fuego, por ser oculto, no deja de producir el incendio.

Y hé aquí que habiendo tomado la pluma para ocuparnos de fuerza material, hemos acabado por dar un consejo que vale más, mucho más que los 800,000 fusiles: ¿habrá quien dude que este aviso de adversarios leales, es mucho más útil que el artículo de un periódico ministerial que lleva la imprudencia hasta blasonar de que el paso de carga pueda nunca arrollar el himno de la libertad; de la libertad, que ha dado vida á todo lo existente?

Noviembre 8.—1861.

#### IV.

Hablemos un poco de la situación material del país y de la influencia que sobre él ejerce el gobierno de esta situación política: fijemos un momento la vista en el estado de los pueblos de provincia, y en los resultados que deben á los hombres que se hallan en el poder.

Cuatrocientos infelices en dos solas provincias de Andalucía, enviados á los presidios más duros por comisiones militares encargadas de juzgar delitos políticos; cuatrocientas familias, por consiguiente, faltas de todo apoyo; miles de hogares abandonados por los que

han tenido que fugarse; emigraciones considerables á América de la parte más vigorosa de la juventud del Norte, falta de pan; emigraciones no menores de familias enteras en las costas de Levante, para ir á buscar á otras naciones remedio á su miseria; pérdida en muchas comarcas de las cosechas más necesarias al pobre; horribles inundaciones en Cataluña; y tras de todo esto, el obligado cortejo de escaseces y males, presentándose en perspectiva como complemento de esas calamidades: tal es á grandes rasgos la situación actual del país.

Los pueblos, en medio de semejante estado, tienen que preparar sus hijos para entregarlos á nuevas y numerosas quintas, que les arrancan sus mejores brazos; tienen que pagar, según ahora se pretende, por adelantado, contribuciones enormes para cubrir el presupuesto más grande que ha pesado jamás sobre España; tienen además que cubrir en varios puntos impuestos municipales, que llegan al 30 por 100 de territorial, y al 6 de recaudación, 36; el 35 por 100 de industrial, y 6 de recaudación, 41; el 75 por 100 de consumos, y 6 de recaudación, 81: tienen, en una palabra, que contar con que la carne de su carne, la sangre de su sangre, objeto de su amor, de sus cuidados y desvelos, no les pertenece; está destinada á perecer estérilmente en empresas como la de Africa, á correr sin motivo conocido en expediciones misteriosas como la de Cochinchina; con que el sudor de su frente, el fruto de sus trabajos no les pertenece tampoco, más que en la parte puramente necesaria, para que puedan se-

guir trabajando y sudando; está destinado á esa inmensa falange de industriales políticos que viven en la abundancia, adulando hoy á D. Leopoldo, mañana á D. Ramon, al dia siguiente á Muley-Abbas, si ocupára la presidencia del ministerio.

Pero, ¿qué pueden echar de menos esos pobres esclavos blancos, que andan agobiados con el peso de tantos trabajos y tantas miserias, teniendo un gobierno como el actual? ¿Acaso temen no alcanzar de él ni siquiera la tutela humillante que el señor dispensa al siervo, dándole lo absolutamente preciso para que no se muera, á fin de utilizar toda su sangre y sudor?

¿Qué necesitan? ¿Qué quieren? ¿Qué puede ser útil á esos pueblos descontentadizos, que no saben más que producir laboriosamente pan, que no han aprendido á comerle amasado, sin más que poner una firma por mes en una nómina?

¿Necesitan que la instruccion primaria sea algo más que una frase sonora en los presupuestos? ¿Necesitan que se les enseñe algo más que á leer deletreando y á escribir palotes? ¿Necesitan *escuelas ambulantes, escuelas de adultos, escuelas complementarias de domingo*? Que sienten plaza en un regimiento, sin esperar á que les toque la suerte de ser soldados, y les enseñarán á leer la Ordenanza militar, y á escribir procesos como los de Loja, y podrán aprender las relaciones de ese libro con la suerte de sus padres y sus hermanos.

¿Qué querrian? ¿*Salas de asilo* para los niños, *Refugios rurales para la infancia*? Si el hambre ó el

frio, ó los peligros del abandono no los matan antes de los diez y seis años, entonces podrán disfrutar del cuartel que se está construyendo en la Montaña del Príncipe Pío con *cabida* para dos batallones.

¿Qué verían con gusto? ¿Un ensayo de algunas de las *Asociaciones posibles en las aldeas*, para mejorar la vida del labrador por medio de la union de necesidades y de recursos, asociaciones establecidas con tan buen resultado en el extranjero? El Gobierno nos está habilitando el *Cuartel de la Coruña* para una asociacion de otros dos batallones de á 1,000 plazas, que estarán con toda la independendencia y desahogo de los cuarteles modernos.

¿Qué desean? ¿*Reposos para la vejez*, como los que se van planteando en las poblaciones rurales de Francia? Aquí el Gobierno no puede atender á todo, y por eso no ha pensado siquiera en ensanchar el cuartel de Inválidos; pero no hay que dar cuidado, que se piensa en levantar un edificio de nueva planta en el *Retiro* para tener allí retiradas dos compañías de soldados, como punto estratégico entre la capital y la casa de fieras.

¿Qué convendría? ¿Que si no pueden establecerse *Refugios para la vejez*, se organizasen al menos *Calefactorios estacionales*, como fuera de España? Ya se están haciendo mejoras considerables en el *Cuartel de San Gil*, y punto que ocupa la Maestranza de artillería; ya se está reedificando parte del *Palacio de Buena-Vista*, ocupado por el ministerio de la Guerra.

¿Qué sería útil? ¿Estudiar y resolver la cuestion de

*Mendicidad en las aldeas?* El Gobierno, preocupado con el *Cuartel de San Diego* de Alcalá, que tendrá *cabida* para 800 caballos, no está para esos laberintos, como que le es humanamente imposible remediar que los que quedaron cojos y mancos en Africa por conquistar un título de duque, hayan ido á aumentar el número de los pobres de solemnidad que piden limosna por los campos.

¿Qué se apetece? *¿Cajas rurales de ahorros?* Para pensar en esas mejoras, es preciso olvidar que el *Cuartel de Leganés* se ha mejorado de modo que pueda albergar 2,000 hombres, disponiendo pabellones para oficiales y un patio de *accesorios* que le den mayor *desahogo*.

¿Qué más piden los que no se dan todavía por contentos con ese *patio de accesorios*? *¿Cajas rurales de prevision?* En el *Cuartel de San Carlos*, en Guadalajara, se está levantando con la mayor prevision un segundo piso para *aumentar su capacidad*, y un cuerpo de edificio de nueva planta, que forma la fachada principal.

¿Qué hace falta? *¿Organizar la higiene rural?* En Zaragoza se ha levantado de nueva planta el *Cuartel del Carmen* y se ha reedificado el de *Poniente*.

¿Qué se necesita? *¿Una medida general para el curso de aguas estancadas*, para que se establezca al fin una buena *policía rural*? En el *Castillo de los Guzmanes de Tarifa* se han habilitado dos cuadras y reedificado la galería de comunicacion.

¿Qué está haciendo falta? *¿Plantaciones en los cami-*

nos y terrenos comunales? El *Cuartel del Calvario* en Algeciras se ha reedificado completamente, dejándole capaz para 600 hombres.

¿Qué sería provechoso? ¿Instituciones de *Seguros mútuos contra el fuego y la pérdida de cosechas*? Nueva se ha hecho la cubierta de la *Maestranza de artillería de Sevilla*, y se ha construido un tinglado en el costado de la *Trinidad* para la brigada montada.

¿Qué está indicado? ¿La fundacion de esas instituciones que con el nombre de *Creches* están prestando en Francia tantos servicios á la humanidad? En el *Cuartel de caballería de la Barceloneta* se ha construido un segundo piso, *aumentando considerablemente su capacidad*.

¿Qué hay que pedir? ¿*Montes de Piedad*? El *Cuartel de San Agustin* en Badajoz se está reformando y *aumentando su capacidad*, de modo que puedan caber en él 800 hombres.

¿Qué se imagina? ¿La mejora y ensanche de los *Hospicios*? En el *Palacio de los Vireyes y cuarteles de caballería* de la plaza y ciudadela de Pamplona se han hecho notables reformas.

¿Qué se ambiciona? ¿*Sociedades filantrópicas*? El *Cuartel del Cármen* en Palma se ha reedificado casi completamente, y está muy adelantada la construccion de un cuerpo de edificio para jefes y oficiales.

¿Que más piden, en fin, esos que nunca cesan de pedir en nombre de los pueblos, cuya mision es por el contrario dar lo que se les pida? ¿*Bibliotecas de cabeza de partido*? ¿*Bibliotecas ambulantes de las aldeas*? Se

olvidan de que estamos en tiempos de quemas públicas de libros; de que la única lectura impuesta por vía de contribucion suntuaria en ciertas clases, son los periódicos ministeriales, que no se ocupan jamás del presente ni del porvenir del labrador; pero que no dejarán de repetir que este Gobierno es el mejor de todos los Gobiernos posibles, á propósito, por ejemplo, del *Cuartel de Lugo* que, se nos olvidaba, ha sufrido segun dicen notables reformas y está pronto á concluirse. ¡Quién sería capaz de acordarse de todo el desarrollo que está recibiendo el *fomento* del material de guerra, cuarteles y plazas fuertes!

¡Y despues de la abundancia con que se están construyendo en todas las fábricas españolas y extranjeras las cien mil especies conocidas de elementos de destruccion, ni más ni menos que si la Europa entera amenazase caer sobre nosotros, y despues de la actividad con que se procede tambien, no solo en los medios de destruccion, sino en la construccion... de cuarteles, hay quien pregunte en qué se han gastado los 2,000 millones, los enormes productos de la desamortizacion!

Los pueblos no se esplican á quién se destinan al pié de 300,000 fusiles, mandados construir á su costa; los pueblos no comprenden con qué objeto se invierte su dinero en el *ensanche y aumento de capacidad* de todos los cuarteles, como no sea que el general O'Donnell, despues de recorrer todas las escuelas políticas, haya acabado por inclinarse al socialismo, y fundado en el sistema de Fourier, abrigue el proyecto de otro, que tenga por base un armamento general, y una orga-

nizacion falansteriana de todos los españoles, convertidos en soldados y recojidos en los cuarteles.

Un consuelo les queda á los contribuyentes, en medio de los inauditos sacrificios que les imponen: que esta situacion no puede ser duradera; que nadie es capaz de asegurar el resultado de tantos proyectos; que no ha de ser eterna esta manía de militarizarlo todo; que no siempre han de llover quintas sobre quintas; que Dios mejora sus horas y el tiempo la suerte de las naciones.

Octubre 24.—1861.

## EL MILITARISMO

### ANTITESIS DEL EJERCITO.

Desde que *La Epoca* se apoderó de un artículo de *El Contemporáneo* para presentarle como una refutación de los artículos que hemos publicado, ocupándonos del militarismo dominante, tenemos el propósito de no dejar sin contestacion los comentarios con que nuestro ministerial colega ha creído lograr dos objetos: pintarnos como enemigos del ejército, y figurar una diferencia total de apreciacion, respecto al militarismo, entre *El Contemporáneo* y nosotros. No nos hemos dado mucha prisa á realizar nuestro propósito, porque toda la habilidad de *La Epoca* se ha estrellado en lo difícil de su empresa; pero tampoco desistimos de darla el desengaño á que es merecedora.

Las líneas de que el diario vespertino hace preceder el artículo de *El Contemporáneo*, decían así:

« *El Contemporáneo* publica hoy dos artículos, de los cuales debemos dar noticias á nuestros lectores. Lo merecen por su intencion, aunque sea bien trasparente. Ha visto nuestro apreciable colega que ciertos diarios, sus aliados en la oposicion, han estado estos dias demasiado imprudentes combatiendo lo que se llama el militarismo, como si el partido progresista no hubiese tenido siempre por jefe al general Espartero y el moderado á D. Ramon María Narvaez. Naturalmente, estos ataques no podrian agrandar mucho al ejército, y nuestro colega ha salido á su defensa. »

*La Epoca* y los hombres de su escuela incurren constantemente en un error lamentable siempre que del ejército se trata; y fundados en ese error intencional, se reservan y explotan el papel de apasionados del ejército, y nos reparten el opuesto; como los hechos hablan más alto que las palabras, no gustamos de malgastarlas contradiciendo á los que aquella pretension tienen; pero ya que ahora la renuevan con tal exageracion, que pretenden confundir el ejército con el militarismo, se hace preciso poner las cosas en su lugar para que no quede en pié la confusion.

No creemos necesario remontarnos tan atrás como podriamos, para probar que donde siempre ha encontrado verdaderas simpatías el ejército, ha sido en el pueblo, del cual sale y al cual vuelve el soldado terminada su ruda tarea: en la guerra de la Independencia, como en la civil, como siempre, donde el ejército ha

encontrado apoyo y auxilios verdaderamente fraternales, ha sido en el partido popular, que nunca los ha escatimado. Limitándonos no más que á lo presente, no más que á la historia de la situacion actual, *La Epoca* y la fraccion que representa, tan pródiga en palabrería que suene bien al oido, no podrá aducir pruebas positivas de simpatías al ejército de parte de sus hombres, como las abundantísimas que tiene en su mano nuestro partido.

Emprendida la guerra de Africa, ¿qué periódicos se distinguieron aquí por el entusiasmo con que saludaron la partida del ejército á campaña, más que los liberales? ¿Qué voz se levantó en el Congreso con más entusiasmo que la de Olózaga, á señalar las banderas de nuestros batallones como la enseña del honor nacional? ¿De quién más que de los diputados progresistas de Madrid, salió el pensamiento, salió la iniciativa, salió la ejecucion de aquella gran suscripcion para socorro del ejército? ¿A quién se debe la idea de promover los donativos que tan inmenso resultado dieron?

Comprometida caprichosamente en Cochinchina una expedicion española, ¿qué periódicos, qué oradores, qué partido ha insistido un dia y otro en pedir cuenta de la vida de nuestros soldados, en reclamar para sus jefes la gloria de muchas acciones, monopolizada por los franceses en partes y comunicaciones oficiales, que apenas nombraban á la division española, las veces que la nombraban?

Terminada la guerra de Africa, ¿quién más que el partido progresista ha trabajado para evitar la injusti-

cia de los ascensos? ¿quién ha clamado enérgicamente contra el abandono en que se dejó á tantos soldados mutilados como se veían implorando la caridad pública?

Acometida caprichosamente tambien la expedicion á Méjico, ¿quién se adelantó á nosotros á pedir prevision en las contingencias á que pudieran exponerse nuestros soldados? ¿Quién manifestó más interés en que se evitaran los estragos que en ellos pudieran hacer las enfermedades propias de aquel clima?

Y cuando ha habido algun caso de maltratar á los soldados; y cuando se han cometido agravios en los ascensos; y cuando se ha vejado á los jefes, ¿ha sido *La Epoca*, por ventura? ¿ha sido en sus compañeros de oficio donde se han denunciado esos abusos y donde se ha protestado contra ellos?

Pero es que *La Epoca* nos ha hablado ya en una ocasion de *ejército digno*, estableciendo así una distincion que nos apresuramos á rechazar tan pronto como la leimos: quien califica de *ejército digno* una parte de él, dá la calificacion opuesta á la otra: no queremos esplicar esa distincion, que á nadie más que á *La Epoca* se le habia ocurrido jamás; no queremos apurarla, nó es necesario.

El partido liberal vió desde el primer dia en la guerra de Africa un medio de que se robusteciera el poder de su mayor adversario, el general O'Donnell; pero vió en la empresa la causa del país y la honra del ejército, y se olvidó de lo primero: la verdad es, que los amigos de *La Epoca* no han tenido jamás ocasion de dar

una prueba de patriotismo que á esta se asemeje; verdad es, que esta situacion tiene á la cabeza al general O'Donnell, que empezó su carrera militar ofreciendo sus servicios para ayudar á los 100,000 franceses que el año 23 vinieron á profanar nuestra independendencia y á insultar á nuestro ejército; pero no tiene quien haya hecho lo que los hombres del partido progresista en la ocasion á que nos referimos, prescindiendo de las torpezas, ya entonces conocidas, que contenian las vergonzosas notas sobre Tánger; prescindiendo de la manera con que se condujo la campaña; prescindiendo de todo, para atender á dos solas cosas: á la honra nacional, al buen nombre del ejército español.

Después de esto, y mucho más que podriamos citar, importa poco que *La Epoca* pinte al partido progresista como enemigo del ejército, que tiene hartos motivos para saber á qué atenerse.

Pero una cosa es el ejército, y otra el militarismo; una los militares que no aspiran más que á cumplir con los deberes que les impone la patria, y otra los jefes superiores que, haciendo del ejército un escalon á sus ambiciones, quieren ser aquí, en las grandes crisis, árbitros de los destinos de la nacion; en tiempos tranquilos, monopolizadores del poder.

El mejor medio de probar lo infeliz que ha estado *La Epoca* pretendiendo que en esta ocasion *El Contemporáneo* está en pugna con nosotros, es copiar uno de los párrafos de este periódico, que no tenemos inconveniente en hacer nuestro:

«Pero lo que no puede verse sin indignacion,—di-

ce,—porque constituye el más odioso de los crímenes, es que los jefes militares, que solo debieran influir en las cosas políticas como los demás ciudadanos, es decir, por medio de la razón y con las armas incruentas del debate, se valgan de la fuerza material para hacer triunfar su ambición ó sus opiniones en virtud de la necesaria influencia que por causa de su organización les da la patria para ejercerla de un modo tan diverso. Esta es una felonía que repugna indudablemente la conciencia de los buenos militares, porque siendo el honor la norma de la conducta del soldado, no es posible que acepte como bueno el uso de la fuerza con un fin que no le es propio, y que constituye un acto de traición y de rebeldía.»

De esta manera juzga *El Contemporáneo* lo que nosotros hemos juzgado de la misma: para él, como para nosotros, una cosa es el ejército y otra el militarismo; una cosa son los militares que, limitándose á cumplir con sus deberes, sirven á la patria, y otra los generales que, desdeñando su honrosa carrera, buscan por medio de ella el medio de lanzarse á otras; desde las cuales manden al país, como están acostumbrados á mandar en los cuarteles.

El militarismo que nosotros combatimos es el que en 1814 tuvo por representantes á Elío y á O'Donnell; el que en 1823, por la iniciativa de Morillo y del mismo O'Donnell, se puso del lado de los franceses que invadían nuestro suelo; el que acecha las grandes crisis y no averigua dónde están los intereses del país, sino dónde se hallan las probabilidades del triunfo; el que

toma por oficio cortar con la espada las cuestiones políticas; el que quiere que la nación se resigne contenta á gobiernos que tengan un sable por única razón de ser.

Este género de militarismo era, por desgracia, conocido ya en España; pero hay todavía un militarismo nuevo, mucho más funesto que los anteriores. *El Contemporáneo* le describe gráficamente en otro párrafo, que también haremos nuestro.

« Si esto es odioso, dice, si esto es altamente criminal y ocasionado á las más terribles perturbaciones, lo es en mayor grado el que los militares que por sus antecedentes y por su gerarquía tienen mayor influjo en el ejército, formen á manera de una confederación para monopolizar el gobierno del Estado, convirtiendo así la forma política de la nación en una oligarquía militar, mil veces más odiosa y funesta que todos los despotismos. »

Vea *La Epoca* cuán desgraciada ha andado en las deducciones que ha querido sacar de los artículos de *El Contemporáneo* y de los nuestros, perfectamente conformes en sus apreciaciones.

Nosotros no la disputamos el papel de lisonjeadora del *ejército digno*, como ella dice; pero no la concederemos jamás el derecho de calumniar á los que, eco de un partido que tiene probadas, no con palabras vanas, sino con hechos solemnes, sus simpatías al ejército, le mira, sin hacer distinciones absurdos, con la consideración y el aprecio que merece.

Nosotros la dejaremos para su uso la explotación de

adjetivos laudatorios á todo el que lleva faja; no reclamamos más que el derecho que de muy antiguo venimos ejerciendo, de ser eco de las necesidades del soldado, de los quejas justas de los jefes, que no figurando aun en la clase única de que *La Epoca* se ha declarado patrona, no merecen la atencion de la prensa ministerial; de la que al hablar de la expedicion á Méjico, dijo con la mayor indiferencia que allí no habian muerto más que *un centenar de soldados*.

*La Epoca* y nosotros tenemos, en una palabra, diferente modo de considerar al ejército: ella no se digna fijar la atencion en los militares, más que cuando se sirven de su posicion para mezclarse en lo que es ajeno de ella, y formar una especie de sociedad de socorros mútuos para ejercer con las armas una presion constante sobre lo civil: nosotros, por el contrario, condenamos enérgicamente á los militares que toman por oficio ejercer en las cosas políticas una influencia superior á la que corresponde á todos los ciudadanos; pero no necesitamos jamás escitaciones para abogar por el ejército, propiamente tal, sin atender, cuando hay que exponer sus necesidades ó que formular sus quejas, á las insignias que lleve en la manga la clase que se queja ó que sufre.

El militarismo, que está siendo objeto de la atencion del país; el que la opinion condena; el que la prensa censura; el que se vá haciendo insoportable para todos, es el militarismo enteramente nuevo de ahora, que consiste en un círculo de hombres unidos, no por sus afecciones, sino por su interés, en un grupo despren-

dido del ejército que, enlazado por mútuo provecho, se presta apoyo para dominar el ejército y el país, constituyendo la situación actual, que aun pretende llamarse constitucional.

Agosto 13—1862.

## IMPOTENCIA DEL MILITARISMO.

---

Decididamente, el general O'Donnell no acierta á sacar á salvo al país de las honduras en que le metió con la guerra de Africa: el vencedor de los marroques no sabe la manera de evitar que seamos nosotros los vencidos.

Y si el general O'Donnell no sabe eso, ¿qué títulos le quedan para ocupar el poder?

Su nombre, lejos de ser un título, ó no significa nada, ó significa una sospecha para el sistema constitucional.

Su biografía, ó es la vida de un soldado, ó es la historia del más satisfecho de los apóstoles que ha tenido la apostasía.

Su sistema de mandar, es la negacion calculada de todo sistema que coarte la voluntad del gobierno.

Sus actos son una série constante de las más repugnantes contradicciones.

Su marcha, un plágio de todas las faltas que anatematizó en otras administraciones, para abrirse camino hasta el poder.

Sus resultados políticos, la violacion de todos los artículos de la Constitucion que le han estorbado; el falseamiento de la voluntad nacional por medio de la influencia declarada del poder; la compresion de la opinion pública por medio de la opresion de la prensa.

Sus resultados materiales, el aumento de las contribuciones y de la deuda flotante; la progresion ascendente de todos los gastos improductivos; la ausencia de toda mejora para el país, á no contar como tal la edificacion de cuarteles y fortalezas.

Falto de las dotes necesarias en un hombre de gobierno, los mismos que tienen por oficio elogiarle, se reconocen impotentes para contradecir esta verdad: incapaz para el mando de los que no obedezcan á la ordenanza; sin la respetabilidad que dá la consecuencia en las ideas; desgraciado en el Parlamento, donde tiene por único recurso oratorio una sonrisa del peor gusto, capaz de desautorizar al que hubiera adquirido una reputacion legítima de hombre sério; mezquino de miras, como que en tres años no ha sabido ocuparse de otra cosa que de formar combinaciones pueriles para ganar votaciones, combinando nombres propios como si fueran números para jugar á la lotería; marcha al azar, sin camino conocido, haciendo eses y dando rodeos para evitar el peligro de caer; sin talento ni resolucion

para allanar ningun obstáculo, trazando el zig-zag político más lamentable que ha presenciado el país, sin que le importe nada el espectáculo que dá, á trueque de que el espectáculo se prolongue un dia más.

Y si el general O'Donnell es eso, y no es más que eso en el gobierno, ¿qué títulos tiene para estar al frente de él?

Uno le queda, para los que sostienen que aquí debemos tomar por modelo á las desgraciadas repúblicas de América; para los que entienden que la patria peligra cuando no está al frente de ella un hombre con un sable al lado y tres entorchados en la boca-manga.

El general O'Donnell tiene más que un sable, tiene una docena de espadas que le han dado gratis; tiene, además de los entorchados, otra docena de coronas, tejidas con el objeto de que su cabeza esté tan adornada como sus boca-mangas.

Pero todo esto nos importa á nosotros menos aun que le importa al vencedor de Africa la opinion del país.

El caso es, que los bárbaros se están burlando, no solo del héroe, á pesar de sus espadas y sus coronas, que esto era lo de menos, sino del pabellon que el general O'Donnell diz que levantó del fango en que estaba antes de la paz de Vad-Rás, de los tratados no cumplidos y de las prórogas interminables; el caso es que, y aquí entra lo mejor, que los tales bárbaros no tienen mejores abogados que los que recibiendo inspiraciones del Gran Cristiano, miran como condicion de su ministerialismo apoyar juntamente con el gabinete á los moros.

Y ahora preguntamos nosotros: ¿para qué quieren algunos un sable constante en la presidencia del Consejo? ¿Para qué se nos viene encareciendo la conveniencia de que el gobierno sea una especie de capitania general suprema, vinculada en los que ciñen faja?

«Para que la nacion sea respetada por esa representacion de fuerza,» dicen los aficionados al militarismo.

Veamos los resultados de ese respeto.

En Méjico hacen alarde de su desden al gobierno presidido por el general O'Donnell, mientras dan todo género de satisfacciones á los demás Estados que tenían algo que reclamar; y el general O'Donnell se desquita.... separando á nuestro embajador, despues que se ha separado él.

En Venezuela se hacen sordos á toda reparacion de las ofensas causadas á España, y el general O'Donnell hace como que no se acuerda de que allí tenemos pendiente una cuestion de honra.

En Africa sucede algo más sério y algo más largo de contar; es tanto el respeto que allí infunde el gobierno del general O'Donnell, que nos insultaron hasta el punto de que él creyera necesaria una lucha.

Hémos, al fin, en el caso, tanto tiempo esperado, de tocar las ventajas de que quien rija los destinos del país sea un general.

Se prepara la guerra, y siempre por resultado del respeto al general O'Donnell; la Inglaterra nos impone condiciones, y el general se muestra obediente á ellas, con una docilidad que forma el más deplorable contraste con la altivez que un paisano mostró en Francia,



para rechazar en nombre del país las exigencias análogas de la misma Inglaterra, al romper las hostilidades en Africa.

Empieza la campaña, y el general O'Donnell deja vacío su puesto en el gobierno para tomar la direccion de las armas, emprendiendo operaciones, que generales de otros países, sin mas pretensiones que las de militares, han llevado á cabo con mayor rapidez, sin derramar tanta sangre, y alcanzando en pocos dias éxitos que él no ha sabido obtener en medio año de sacrificios.

Eclipsado como hombre de gobierno, oscurecido como militar por los hechos de otros jefes que estuvieron á sus órdenes, vuelve al papel de presidente del ministerio y hace una paz á su capricho, enteramente estéril en resultados, y celebra un tratado.

El tratado no se cumple á pesar del miedo que infunde el Gran Cristiano, y los bárbaros obtienen un aplazamiento.

Espira el plazo, y los bárbaros consiguen, no ya otro plazo, sino que se modifique el tratado.

Llega el caso de que al fin se cumpla la modificacion, y los bárbaros muestran que son unos sabios; se hacen los sordos.

Se enfurece el hombre temible, y los moros se le rien.

Cae al fin en la cuenta de que ha hecho una paz sin garantías, y manda reunir una escuadrilla en el Estrecho, disimulando el motivo, como quien necesita la reserva para dar un golpe de mano.

Pasan dias, y eso es lo único que pasa, sin contar

con que el vencedor de Africa reconoce que hay que abandonar á Tetuan, la única garantía que teníamos, porque su mantenimiento es capaz de arruinar á una nación.

Los franceses al mando de Joinville, empezaron las hostilidades en un caso análogo el 6 de Agosto de 1844, rompiendo el fuego contra Tánger, la mas importante de las ciudades comerciales de Marruecos, y en dos horas, con 80 piezas de artillería, desmantelaron todas las baterías de los moros, guarnecidas de 150 cañones; bombardearon la poblacion y mataron ó pusieron en fuga á los defensores.

El general-presidente, no arregla las cosas de este modo, más que cuando se trata de disolver las Córtes, y prefiere ponerse á negociar el modo de que los moros le cambien á Tétuan por otra plaza muy inferior.

Los franceses el 15 de Agosto, es decir, á los nueve dias de haber desmantelado á Tánger, se acercaron á Mogador, ciudad que cuenta 12,000 habitantes, defendida por 150 grandes bocas de fuego, y un islote á la entrada del puerto con cuatro baterías muy importantes, y la cañonearon y bombardearon, y tomaron el islote.

El presidente-militar, viéndose desairado por los moros, que se negaban rotundamente al cambio, no encuentra acertado el ejemplo de los franceses, y halla preferible volver á negociar con los moros, á fin de que no habiendo querido cambiar á Tetuan por una plaza muy inferior, se la cambiáran por otra mucho mas subalterna que la inferior.

Los franceses, en vez de emplear estas contemplaciones, mientras hacian lo que hemos dicho en el literal, en dos horas, y á pesar de la inmensa inferioridad del número de sus soldados, hicieron experimentar á los moros una de esas derrotas capaces de acarrear la ruina de un Imperio.

El general O'Donnell ha procedido de otra manera.

Despues de haber burlado las esperanzas que dejó entrever de empezar la guerra por Tánger, empleó meses y meses en operaciones, que otro general hubiera conducido con mejores resultados; despues que nuestros jefes, oficiales y soldados probaron que eran dignos hijos de esta nacion, tan pródiga en hazañas, y llegaron á Tetuán, aceptó una paz que ofrecia por garantía lo que la víspera no queria considerar sino como propiedad.

Rotos los tratados por los moros, reconocida la inconveniencia de aquella garantía y la imposibilidad de conservarla, el gobierno ha pedido otra mucho más inferior, y cuando se la han negado, otra más inferior aún; y cuando ha hecho descender así á un gran pueblo, para que no le quede más resultado de la sangre y los sacrificios de la guerra de Africa que la gloria que le dieron sus soldados, se ha dado un espectáculo singular.

Siendo notorio que el general O'Donnell no acierta á sacar á salvo al país de las honduras en que le metió; siendo evidente que el vencedor de los marroquíes no sabe la manera de evitar que seamos nosotros los vencidos, sus periódicos se han dirigido á la prensa, pi-

diéndola que aconsejen al héroe de las doce espadas y las doce coronas, cómo se compondrá para que no quedemos en ridículo.

¿Se vió nunca cosa igual?

¿Y es para venir á este resultado para lo que algunos abogan por ministerios constantemente presididos por generales?

¿Y es para parar en eso para lo que se nos encarece la importancia de los entorchados del general O'Donnell?

Si no sabe más, si no puede más, si no sirve para más, ¿qué títulos le quedan para ocupar el poder?

Como hombre de gobierno, ha demostrado que es funesto entre los más funestos.

Como representante de la fuerza y el poder nacional, ha probado que no sabe copiar lo que en casos idénticos han hecho simples paisanos presidiendo el gobierno de otros países.

¿Para qué sirve el general O'Donnell en el poder?

«Para conservar el orden público», nos dicen: él no sabrá conseguir que los cañones sujeten á los moros y nos den una plaza en garantía, pero sabe volverlos contra la representacion nacional para que le den el poder á metrallazos. ¿Para eso se quieren allí los militares?

Pero ni eso sabe tampoco el general O'Donnell: Calomarde no tenia entorchados, ni espadas, ni coronas, y sostuvo mejor que él ese género de orden, y se mantuvo en el poder más tiempo que él.

Junio, 15.—1861.

## ENTRE MULEY-EL-ABBAS

### Y EL GRAN CRISTIANO.

---

Puesto que los periódicos ministeriales, ejemplo diario de imparcialidad, han tenido la deferencia de advertirnos que el espíritu de oposicion y la falta de patriotismo, nos hacian negar la inmensa felicidad que nos traia la embajada marroquí, reparemos nuestros errores, dedicándola algunas columnas en el sitio preferente de *La Iberia*.

¡Muley-el-Abbas ha venido, á costa nuestra, á hacer una visita al Gran Cristiano! ¡Muley-el-Abbas ha rezado por la salud de la infanta con el rosario que tiene una cuenta larga en el lugar de la cruz! ¡Muley-el-Abbas ha regalado una túnica colorada al moro de la calle de Alcalá! ¡El moro de los dátiles se ha decidido

á marcharse con Muley-el-Abbas! Nuestro espíritu de oposicion no puede resistir ya á la elocuencia de tales hechos: vamos á dedicar nuestra seccion de fondo á la embajada marroquí; vamos á hacer mas: vamos á proponer á los españoles una cuestion nueva: por si les tiene cuenta imitar al moro de los dátiles y de las babuchas.

Por nuestra parte declaramos, que leidos los periódicos de la situacion, tenemos fuertes tentaciones de seguir aquel ejemplo: puesto que estamos condenados á viajar de reaccion en reaccion, preferimos entregarnos con las piernas cruzadas al balanceo del camello, á dar vueltas en esta jaula de ardillas que llaman política; preferimos atravesar el Mediterráneo para viajar de un extremo á otro de Marruecos, á movernos alternativamente entre O'Donnell y Narvaez, entre Narvaez y O'Donnell.

Planteadas así la cuestion, no vacilamos en desear ser árabes, y árabes de caravana.

Por de pronto, nos libraremos de investigadores que se propongan explotar nuestras heredades; de registradores de hipotecas que tengan derecho á una parte de nuestro rincon; de ayuntamientos que nos saquen el 20 por 100 para arbitrios municipales; de quintas que condenen á nuestros hijos á llevar el fusil al hombro ocho años, aunque no se necesite disparar un solo tiro; de prestaciones personales que nos impongan trabajos forzados; de contribuciones directas que se lleven el fruto de nuestro trabajo; de contribuciones indirectas como las del Padre Cobos; de consumos que se interpongan

entre nuestro alimento y nuestra hambre; de la Deuda pública; de la Bolsa; del papel sellado; de la carta de vecindad; de la policía; de la censura con el nombre de libertad; de la opresion de nacionalidades con el título de respetos internacionales, etc., etc.

Por de pronto, ganaremos en claridad, porque el árabe de caravana tiene principios—y no los culinarios de los satisfechos:— á través de sus arenas movibles, marcha siempre con los ojos fijos en la misma estrella y sigue en línea recta su camino.

Nosotros andamos extraviados hace medio siglo, pidiendo nuestra salvacion á esos amuletos que llaman Constituciones, y cada dia sabemos menos á cuántos estamos de Constitucion, de Reforma y de Acta adicional; mientras que el árabe guarda siempre el mismo talisman.

Por de pronto, alistándonos en una de esas tribus que no reconocen más fronteras en su país que el trote de sus camellos; ni más Caja de Depósitos que el saco que llevan á la espalda, lleno de los dátiles que cojen en cada oasis; ni más fortuna que sus rebaños, víveres ambulantes que marchan siempre á su lado, no nos veremos obligados á dar nuestro nombre y nuestra sangre y nuestro dinero para hacer guerras por cuestiones de límites, de las cuales salgamos con las manos en la cabeza.

Por de pronto, en nuestra calidad de árabes errantes, podremos insultar á mansalva las plazas de España; y si al fin se mueve guerra, peharemos durante la guerra, pero no seremos soldados á pretesto de guerra.

ocho años de paz; y si somos vencidos, no lo conoceremos; y si nos exigen dinero, no le pagaremos; y si perdemos una plaza, la recobramos mejorada; y los enemigos se quedarán con los duques, los condes y los marqueses que les haya costado la campaña, y nosotros, con el mismo terreno que teníamos antes de empezarla; ellos pagarán los ascensos, y nosotros podremos volver á nuestros insultos; ellos hablarán de su gloria, y nosotros no diremos palabras de nuestro dinero; ellos harán alarde de generosos, y nosotros de pobres, ellos se encargarán de abogar por nosotros, y nosotros de no pagarles; ellos se quedarán con el Gran Cristiano, nosotros con Muley-el-Abbas, que segun parece, vale algo; tendremos gratis á nuestro servicio toda la prensa ministerial, y quién sabe si andando el tiempo, saldremos con alguna embajada contra los intereses de España, de la cual formemos parte para hacer un viaje de placer á Madrid, á costa de los españoles, que, atendida la extraordinaria honra que les dispensaremos exhibiéndoles nuestra humanidad por precio de un millon de reales, nos tratarán á qué quierres boca.

Decididamente, las letanías de los diarios situacioneros nos han hecho efecto: comprendemos que se hayan puesto al lado de los moros; es más cómodo, mucho más cómodo, ser moro que español bajo el imperio del Gran Cristiano; es preferible, no hay que dudarlo, ser de Marruecos.

Pero desgraciadamente el árabe, á quien no hemos proporcionado otra ocasion de ver á los españoles que

con pantalon grancé, confunde de todo punto al civil con el militar, nos toma por una nacion de hombres amarrados entre sí, que llevan la vida á la espalda, que andan alineados por frentes de batallon, encadenados los unos á los otros, y que en la pelea no hacen juntos más que un disparo. No importa: por eso no les tenemos rencor, ni dejamos de envidiar su existencia errante, independiente, poética, atrevida, superior á las revoluciones, y lo que es peor, á las contra-revoluciones que aquí nos aniquilan.

Vamos, pues, á aprovechar la ocasion, para dirigir un memorial á Muley-el-Abbas, pidiéndole puesto entre las caravanas; queremos internarnos con ellas en los desiertos; no tener que botar bajo la influencia moral; no tener que escribir bajo la ley del sentido comun; no tener que oír esta perpétua mentira política, que de reaccion en reaccion no hace más que cambiar de impostores; no leer, sobre todo, lo que digan esos caballeros errantes del Gobierno, que se empeñan en enseñar la libertad á las naciones por medio de la ordenanza escrita para los reclutas.

Pero tratando de resellarnos, antes de dirigirnos á Muley-el-Abbas debíamos dirigirnos á su cocina; así lo hicimos, teniendo la mala suerte de tropezar con el negro de Rabbat que habla español; un negro auténticamente negro en los dos carrillos, que se preparaba á matar unas gallinas: tramando conversacion con él mientras las mataba, nos quitó una ilusion recitándonos el siguiente trozo de Marabout, poema viviente, largo rosario de leyendas religiosas impregnadas á

la vez de misticismo y de ironía. Dice así la leyenda:

«Un dia Sidna Ayssa,—no sabemos si nuestros lectores conocen con qué nombre tiene una significacion de analogía este nombre; nosotros lo llamamos, para que así no nos recoja Bugallal; pero Calderon Collantes, tan fuerte en idiomas, se la indicará confidencialmente á quien se la pregunte.—Sidna Ayssa encontró á Chitann.—Chitann no es otro que Satanás,—que pasaba por delante conduciendo cuatro asnos extraordinariamente cargados, y le dijo:

—«¿Te has hecho mercader, Chitann?

—»Sí, señor, y no puedo satisfacer todos los pedidos de mis mercancías.

—»¿Y á qué comercio te dedicas?

—»A un comercio excelente, señor; escuchad:

»De estos cuatro asnos que veis, escogidos entre los más fuertes del país, el uno está cargado de injusticias: ¿Quién me las comprará? Los sultanes.

»El otro va cargado de envidias: ¿Quién me las comprará? Los sabios.

»El tercero está cargado de robos: ¿Quién me los comprará? Los mercaderes.

»El cuarto lleva reunidas perfidias é intrigas, con un surtido de seducciones, procedentes de todos los vicios: ¿Quién me las comprará? Las mujeres.

—»Malvado: ¡Dios te maldiga! exclamó Sidna.»

A la mañana siguiente, estando Sidna Ayssa haciendo su plegaria en el sitio de la víspera, oyó los juramentos de un arriero, cuyos cuatro asnos, estenuados de fatiga, se resistían á andar.

Pronto reconoció á Chitann en el arriero.

—«¿No has vendido nada, á Dios gracias? le dijo.

—»Una hora despues de haberme separado de vos, señor, todas las cargas estaban vendidas; pero, como siempre, he encontrado dificultades para el pago.

»El sultan me ha hecho pagar por medio de su califa, que queria engañarme en la suma.

»Los sábios decian que eran pobres.

»Los mercaderes y yo nos llamábamos mutuamente ladrones.

»Solo las mujeres me han pagado bien, sin regatear.

—»Sin embargo, observó Sidna Ayssa, veo que las cargas están todavía llenas.

—»Están llenas de plata que le llevo al cadí, respondió Chitann arreando sus asnos.»

La tal leyenda del Marabout, echó nuestras ilusiones por tierra: para solicitar puesto en la caravana, necesitábamos empezar por creer en Sidna Ayssa y en Chitann, y nosotros no cambiamos de fé; para ir á parar donde hay tanto pedido de injusticias, no necesitamos cambiar de sultanes; para dar con tal demanda de envidias, no tenemos que ir en busca de sabios, nos basta con D. Leopoldo y D. Ramon; para ver tan en moda los robos, bien estamos en nuestra tierra; para presenciar tal consumo de perfidias, de intrigas, de seducciones y vicios, no merece la pena de que nos movamos; para llevar la plata al cadí, no hay por que cambiar, porque en España no tenemos cadí.

El negro de Rabbat, mientras se tomaba dos libras

de azúcar mojadas en diez jícaras de chocolate, nos contó además detalles desconsoladores de los mercados establecidos para su raza: un negro con barba, no vale más que 200 rs.: un negrito, algo más, por la garantía de que no puede escaparse: al oír otros detalles, que necesitamos omitir, de lo que se hace con ese rebaño humano, que Dios ha marcado con la misma estampilla que á nosotros, en la gerarquía de la historia natural, nos arrepentimos de haber admirado la caravana: al fin, de raza negra somos nosotros, según dicen; negros llamaban á nuestros padres los que, tratándoles como tales, establecieron los años 14 y 25 la horca en forma de institución del Estado.

No envidiamos, pues, la suerte del árabe; no hacemos el memorial á Muley-Abbas: nos resignamos á llevar la cadena de españoles, con la esperanza de que sus desgastados eslabones se rompan al fin, sin que sea posible la compostura.

Pero hay entre nosotros muchos hombres que no se hallan en nuestro caso; nosotros no cambiamos jamás de religion, ellos cambian muy amenudo, y tienen mucho adelantado para hacer fortuna donde son bien recibidos los renegados; nosotros no podríamos vivir donde Chitann tiene tal despacho de injusticias, ellos viven al lado de quien se sobrepone á los tratados y declara que no entiende de leyes; nosotros no sentimos más envidia que la de un buen gobierno, ellos envidian todas las partidas del presupuesto; nosotros no nos rozamos con mercaderes de ciertos géneros; ellos les tie-

nen particular afición; nosotros rechazamos las intrigas, ellos cifran en la intriga la política; nosotros no nos hemos dejado seducir nunca, ellos son como las mujeres que pagaban á Chitann sin regatear; nosotros no tenemos recomendación para Muley-Abbas, ellos tienen la del Gran Cristiano; nosotros hemos nacido y moriremos con una sola aspiración, la felicidad de nuestra patria: ellos han nacido bajo Calomarde, y han medrado bajo Narvaez, y Bravo Murillo, y Sartorius, y O'Donnell, con un solo apetito, el del estómago; nosotros estamos encadenados, pero estamos tranquilos; ellos están satisfechos, pero temen el porvenir.

Decididamente su único porvenir está en Africa; aquel es el país del hombre dichoso, indolente, diplomático á lo Calderon, filósofo á lo Zavala, hombre de Estado á lo O'Donnell.

El árabe mata cuando es más fuerte que la víctima, y huye cuando es más débil; olfatea el viento para orientarse de su marcha, como si se tratara de elegir entre D. Leopoldo ó D. Ramon, y filósofo utilitario de la escuela de Sancho Panza, no se entrega nunca á la poesía, sino despues de haber comido. «*Cuando el vientre está contento, dice á la cabeza, canta.*» El árabe, además, tiene génio diplomático; el más ínfimo guardador de camellos es un Talleyrand, como que ha inventado este admirable proverbio: «*Si aquel de quien necesitas monta un asno, dile: ¡Qué buen caballo tenéis, mi señor!*»

El árabe vive, además, del tesoro de la Providencia; cuando no le quedan ni manteca, ni dátiles, ni alcuz-

cuz, ni nada que llevar á la boca, observa de qué lado viene el viento y percibe en el horizonte una cortina negra que vela el sol, como si dijéramos, una nueva reaccion que vela la libertad, y marcha en línea recta á encontrar aquella lluvia tempestuosa, que trae al árabe su comida.

Esta comida es un plato de langosta, de dos ó tres leguas cuadradas: ¡qué plato tan razonable, resellados!

Los libros sagrados han discutido largo tiempo la siguiente grave cuestion de economía política árabe, aplicada á las subsistencias. ¿Es lícito comer langosta? Despues de numerosas disertaciones ha prevalecido la afirmativa; nos apoyaremos en dos autoridades para que no se nos crea por nuestra palabra, de ninguna manera para tranquilizar á los satisfechos, que en materia de comer no se andan con escrúpulos. Decia Mahoma:

«Habiendo pedido Meriem á Dios el favor de comer carne que no tuviera sangre, Dios la envió langostas.»

A texto tan terminante, añadió Ben Madjat:

«Cuando á las mujeres del profeta las daban langostas, se las enviaban en canastillos á otras mujeres.»

Un dia preguntaron á Omar si estaba verdaderamente permitido el uso de las langostas:

—»Yo quisiera tener un cesto de ellas, respondió, para comerlas.»

Ben Omar adoptó el medio de resolver la cuestion que le hubiera aconsejado el Gran Cristiano.

Nada, pues, conviene tanto como Africa á los satis-

fechos; allí, por ahora, no hay Córtes que hagan sufrir; ni prensa que, aunque en el potro, atormente; ni responsabilidad para los funcionarios públicos, más que ante el Sultan, que no gasta papel sellado en procesos; se contenta con llamar al verdugo, como si estuviera en Loja, y mandarle que de un cadí en desgracia, haga por medio de la cuchilla, dos, que no puedan volver á abusar de su posicion.

Tienen razon los satisfechos, se necesita mucha falta de patriotismo para no simpatizar con los marroques; esperamos que, despues de este artículo, dedicado á admirarlos, reconocerán que, aunque tarde, hemos dado toda la importancia que tiene á la embajada que Madrid hospeda; hemos hecho más: hemos tenido tentaciones de imitar al moro de los dátiles; no es culpa nuestra que hayamos tropezado con dificultades. ¡ Dichosos los satisfechos que, como acabamos de investigar, tienen espedito el camino !

Si obrando previsoramente se fueran con la embajada, entonces sí que el país habia de cambiar la indiferencia en gratitud eterna al príncipe Muley-el-Abbas; entonces sí que no habia de volver á hablar de los millones consabidos, y hasta le daría por cima de ellos, más que pidiera á título de indemnizacion.

Octubre 15.—1861.

## TETUAN Y MÉJICO.

---

Apartemos la vista de la política interior, y fijémosla no mas que en dos cuestiones exteriores de interés inmediato para España, que ahora están ejerciendo con tanto motivo el monopolio de la atencion pública.

¿Se acuerdan nuestros lectores de Tetuan, la ciudad santa, la ciudad querida de los marroquíes, el nido de palomas que entre palmas habia depositado el génio de Oriente en las tranquilas playas del Mediterráneo, en un oasis de Africa, como parodiando á Lamartine, nos decian nuestros colegas ministeriales, cuando las tropas españolas entraron en la ciudad, despues de una larga, sangrienta y costosa campaña?

¿Se acuerdan nuestros lectores de Tetuan, que resplandecia como un carbunco ó un diamante en el cuello de una sultana? ¿De la ciudad amasada con lágrimas de los desterrados de Granada, y henchida con los

acentos de la guzla, que otro tiempo sonaron en Andalucía, cuando los hijos del Profeta creían haber encontrado el eden prometido en las orillas del Darro y del Genil?

Pues si se acuerdan, que sí se acordarán, de aquella música celestial con que los poetas de la union liberal nos aturdieron por espacio de algunos meses, añadan al último canto este epílogo del poema que ahora escriben en humilde prosa:

«Quedará completamente desocupada la plaza de Tetuan, habiéndose advertido así al emperador de Marruecos para que salgan por la puerta de España los españoles, y entren por la de Africa los marroquíes. Nuestros soldados acamparán en Fuerte Martin hasta el embarque.»

Los diarios ministeriales dejarian manca la epopeya, si no aprovecharan esta entrada de los marroquíes por una puerta, y esta salida de nuestras tropas por la otra, para escribir una parodia del suspiro del último rey moro.

Colocando á O'Donnell en Fuerte Martin, pueden poner en su boca, conceptos un tanto parecidos á los de Boabdil el Chico.

¡Adios, Tetuan! el eden prometido por los dependientes de la union liberal; ahí te quedas con las sultanas que se volvieron feas, y el diamante que se volvió de vidrio, y el romance morisco que se trocó en suelto vergonzante de *La Correspondencia*, y la guzla que hará sonar los cantos de Marruecos, en lugar del himno dedicado al general en jefe, himno que vivió menos

tiempo que las ilusiones del país. Te dejamos como recuerdo algunos nombres españoles escritos en las esquinas, que durarán menos de lo que ha durado nuestro hospedaje; un teatro de carton, de pequeño escenario para la grave y triste comedia de la union, y algunos faroles que la representen, mientras los moros no los hagan añicos.

¡Adios, Tetuan! la ciudad donde se rechazó la paz para admitirla enseguida, no se sabe por qué; como te encontramos, te dejamos; cualquiera que sea el recuerdo que de nosotros te quede, ten en cuenta que hemos desmentido todas las calumnias que nos forjamos, y que no tenemos que acusarnos ni de los tratados de comercio, para el cambio de dátiles y babuchas por nuestras manufacturas, ni de las misiones, que ellas se entenderán como puedan, ni de las pesquerías, que á nosotros nos eran inútiles, porque lo que mejor sabemos nosotros, es dónde está la verdadera pesca.

Entre nuestra entrada y nuestra salida de Tetuan, no ha habido más que tres cosas importantes: para las familias, la sangre gloriosamente derramada en aquellos vericuetos: para el país, los millones perdidos, con la historia de los talegueros por añadidura: para mí, podrá añadir O'Donnell, para mí un ducado: lo único que se conservará de la ciudad santa de los moros. ¿No es esto bastante para cualquier cristiano?

¿Se acuerdan nuestros lectores de la cuestion de Méjico? ¿De la falta de pago de la convencion española? ¿De los asesinatos cometidos contra españoles en San Vicente y Cuernavaca? ¿De la expulsion del

Sr. Pacheco? ¿De las ofensas á nuestro pabellon?  
 ¿Se acuerdan nuestros lectores de aquella expedicion que iba *sola*, á pedir satisfaccion de esas ofensas, á vengar esos asesinatos y asegurar el pago de la deuda española, sin mezclarse en las cuestiones interiores de la república?

Pues si se acuerdan, que sí se acordarán, de aquellos artículos con que los diarios ministeriales querian entretener al país en otra distraccion como la de Africa, sigan paso á paso la evolucion de aquellos periódicos hasta venir á parar en lo que ahora dice *La Epoca*, y podrán apreciar lo que es esta situacion.

La expedicion que iba *sola*, no tuvo mas compañía que otras dos expediciones de Francia é Inglaterra; la expedicion que iba por cuenta propia, hizo un tratado que ya está juzgado, y que ha sido roto por los franceses; el gobierno le ha aprobado y desaprobado en pocos dias, viniendo al fin á colocar á nuestras tropas en la siguiente posicion: sin poder avanzar por falta de medios; sin poder retroceder á no declarar prematuramente que el mal estuvo en que fueran; sin poder estarse quietas, como no se las exponga á morir en los hospitales.

La expedicion que tenia por único objeto los intereses de España, sirve ahora, no para que se promueva la cuestion de reparaciones, de satisfacciones, de pagos: no hay un solo periódico ministerial que recuerde ni los asesinatos de españoles, ni el cumplimiento de la convencion, ni las ofensas á España; lo que discuten es: qué género de monarquía ha de establecerse en Mé-

jico; sobre lo que discurren es: sobre la persona que se ha de sentar en el trono; para mayor ignominia, no discurren siquiera sobre eso; aceptan que la Francia discorra por ellos: que nuestra expedicion autorice con su presencia lo que Napoleon quiera: que sin dar muestra alguna de iniciativa en América, carguemos con la responsabilidad de imponer á Méjico un rey postizo, que ni siquiera represente allí ni nuestra tradicion, ni nuestra raza, ni nuestro idioma, ni nada que nos pertenezca.

Y esta monarquía á la austriaca debe ser una cosa buena porque la sostiene *La Epoca*, y es cosa sabida que en prevision, en hidalguía, en abnegacion, en patriotismo y desinterés, ¿quién se le pone delante?

Hé ahí en resúmen los dos asuntos exteriores que hoy están sobre el tapete; con esos basta para juzgar la situacion que atraviesa España.

Sepárense los periódicos que forman la servidumbre de la union, como testigos que la ley recusa, y no se encontrará un diario, uno solo, cualquiera que sea el matiz político que represente, que no esté conforme en que la campaña de Africa, tan ruinoso para el país, ha sido completamente estéril: en que la expedicion de Méjico, muy costosa tambien, va á dar igual resultado, sin que ya pueda evitarse.

La opinion está unánime en estas apreciaciones, como si tratándose de ellas desaparecieran los partidos y las pasiones políticas; y el ministerio, que tales frutos recoje, sigue impassible en su puesto, satisfecho de su habilidad y dispuesto á dar iguales muestras de ella todo el tiempo que Dios sea servido.

¿Se ha visto jamás igual desprecio de la opinion pública? ¿Puede darse mayor sarcasmo, que blasonar, por añadidura, de respeto á las prácticas de los sistemas representativos?

Mayo 4.—1862.

O'DONNELL Y O'DONOJÚ.

Grima dá ocuparse de la política de este ministerio en los asuntos interiores; pero dá más que grima á todo buen español, la conducta que está siguiendo en todas las cuestiones exteriores; parece sino de esta situacion buscar el lado de ellas más funesto para el país, retorcer las mejores causas, desnaturalizar las empresas más claras, para llevarlas por el más funesto de los caminos.

En Africa tenemos hace siglos intereses de primer órden que plantear y desarrollar, y este ministerio los ha contrariado para mucho tiempo; teniamos una ocasion de rectificar el juicio que acerca de nuestra energia y nuestros medios se habia llegado á formar por los extranjeros, y los españoles han demostrado en Marruecos lo que nadie les negaba, que saben pelear y morir como los primeros; pero el ministerio se ha encar-

gado de acreditar, que si este es un país donde no hay sacrificios cuando se trata de vencer, en cambio basta aquí un gobierno inepto para hacer que los vencedores se conviertan en vencidos; que las victorias sean derrotas; que el triunfo más evidente, obtenido á costa de mucha sangre y mucho dinero, prodigados por el patriotismo, no significa que la nacion deje de salir vencida en la cuestion que originó la lucha.

En Italia teníamos delante el ancho camino que nos correspondia; el que nos señalaban de consuno nuestra forma de Gobierno, nuestros recuerdos de la segunda época constitucional, nuestro ajuste de cuentas de la guerra civil, el estado de Europa, la época en que vivimos y los votos de la opinion pública; el ministerio ha escogido la causa del absolutismo, la antipatía al pueblo que fraternizó con España por medio de la Constitucion de Cádiz, la simpatía á la familia enemiga de la Reina en la guerra civil; el apoyo á una dinastía cuyo provecho, en último caso, solo podria recaer en favor del principio que la Europa rechaza, la idea que la opinion anatematiza.

Esta misma conducta es la que el Gobierno está aplicando en América; allí tenemos claramente trazada la política de atraccion que aconsejan los intereses de España, y cuyo fecundo resultado es evidente; el ministerio se compone de modo que nos encontremos con tres cuestiones de fuerza: la de Venezuela, la de Haití y la de Méjico; como si las amenazas de guerra fueran el mejor medio de estrechar relaciones con nuestros hermanos del nuevo mundo; como si la manera de es-

tablecer buenas inteligencias con ellos fuese dirigirlos baladronadas que, como en Venezuela y Méjico, nos ponen en ridiculo cuando pasan años y años, y ni siquiera pasan de baladronadas.

Contrayéndonos á nuestras diferencias con la república Mejicana, resulta que se las ha aplicado exactamente el criterio que acabamos de indicar, y que es común á todas las resoluciones de este funesto ministerio.

Méjico fué, hace mucho tiempo, teatro de violencias contra nuestros compatriotas, y faltando á las convenciones establecidas, se negó á pagar los créditos españoles, al mismo tiempo que suspendió el de los créditos franceses é ingleses.

Nosotros nos desquitamos con bravatas; la Francia y la Inglaterra no hablaron de enviar soldados, pero enviaron representantes que pusieron corriente el pago de sus créditos.

Pasó tiempo, durante el cual esas naciones cobraban y la nuestra no; y el ministerio O'Donnell, sin recibir ni desagravios de las violencias, ni garantías de la deuda, celebra un tratado que para nada servía más que para servir de pasaporte á un embajador.

Fué el embajador, y cuando, al cabo de meses, encontró quien le sacara, recibéndole como tal, de la situación desairada en que habia estado, siguiendo, según parece, las instrucciones de su gobierno, se declaró abogado, no de las reparaciones de que necesitaba España, no de los acreedores españoles, sino de Miramon, el jefe de uno de los partidos que luchaban en aquel país.

Bastó este apoyo para que Miramon fuera derrotado, para que el embajador fuera expulsado de un modo bochornoso.

¿Qué hace entonces el ministerio? Se desentiende del bofetón, dice que aquello no ha sido más que un agravio personal; sigue el consejo que Caltañazor da en una zarzuela: *Haz que no lo oyes*; y para no oír tampoco al embajador, cierra las Córtes y no vuelve á ocuparse más del asunto.

Pero llega el tiempo en que necesita dinero, y por consiguiente reunir las Córtes, y aprovecha la ocasion de la retirada de los embajadores de Francia é Inglaterra, para ensayar otro espectáculo de gran efecto, copiado de aquel de Africa, que tan provechoso le fué, y grita: «¡Guerra á Méjico!»

No era posible mayor inoportunidad: pero sí era posible otra más grande aun: antes que citar la necesidad de reparaciones, hablarnos de la urgencia de imponer una monarquía á la República Mejicana.

Está bien; pero la idea no es nueva.

Allá, al concluir el año de 1822, se hallaba reunido el célebre Congreso de Verona, de tan grato recuerdo para esta situacion, cuando la Inglaterra manifestó su intencion de reconocer los *Gobiernos de hecho* establecidos en las colonias que acaban de separarse de España, y la Francia concibió el proyecto de levantar algunos tronos en aquellos pedazos separados de la madre patria, para colocar en ellos algunos príncipes de la casa de Borbon.

¿Por qué aquel Congreso se levantó sin que le fuera

sometido el asunto? ¿Por qué Luis XVIII tuvo que renunciar á sus miras, y los Estados-Unidos y la Inglaterra pudieron reconocer las nuevas Repúblicas?

Antes que esto, durante la primera legislatura de las Cortes de 1820, los diputados de Nueva-España dieron pasos para levantar un trono que habia de ocupar un príncipe de la familia real de España.

¿Por qué encontró tan mala acogida aquel pensamiento, que no logró siquiera preocupar la atención, y que *hizo sospechosas las pretensiones?* (1)

Pero no pararon aquí los sueños de Trono Mejicano; el Sr. Martinez de la Rosa, ministro de Estado en aquella época, y hoy presidente del Congreso, vá á decir al general O'Donnell lo que le pasó al general O'Donojú:

..... « Causó, dice (2), no leve sorpresa y pesadumbre la noticia de lo que habia acontecido con el general O'Donojú, enviado á Méjico; el cual, en vez de conseguir el objeto que se le habia encomendado, celebró con el caudillo de los insurgentes, el general Itúrbide, lo que se llamó *Tratado de Córdoba*, cuya base capital consistia en erigir un trono en aquel reino para que lo ocupase uno de los hermanos del monarca.»

«Mas no solo este, celoso de su autoridad y poco inclinado á semejante sacrificio, recibió con desabrimien-

(1) *Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el estado actual de la América del Sud*, por D. J. M. Vellido; parte 2.<sup>a</sup>, cap. V.

(2) *Bosquejo histórico de la política en España, desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días*, por don Francisco Martinez de la Rosa; tomo II, cap. XI, pág. 147.

to la propuesta, sino que la opinion pública se declaró abiertamente contra ella, y se consideró, poco menos que como traicion y alevosía, el paso que habia dado el comisionado español, sin estar autorizado para ello, y faltando manifiestamente á sus *instrucciones*. »

« Fueron, por lo tanto, inútiles cuantas gestiones se practicaron para que se adoptase aquel proyecto, que es fama apadrinaba alguno de los miembros de la familia real, así como los diputados de la Nueva-España; y á pesar de sus esfuerzos, las Córtes pronunciaron su fallo, condenando la conducta del general O'Donojú, declarando nulo y de ningun valor cuanto habia practicado. »

Basta con estos antecedentes para fijar lo que está pasando en la cuestion mejicana.

El general O'Donojú, *en vez de conseguir el objeto que se le habia encomendado*, celebró con el caudillo de los insurgentes, el general Itúrbide, un tratado, cuya base capital consistia en erigir un trono en aquel reino.

El general O'Donnell, en vez de conseguir reparaciones y dinero para España, que es el objeto que le está encomendado, celebró con el caudillo de los insurgentes, el general Miramon, un tratado que no tenia base capital, y que parece ha tenido por última consecuencia, el pensamiento de erigir un trono en aquel reino.

Luis XVIII tuvo ese mismo proyecto, y no pudo ni siquiera anunciarle en el Congreso de Verona.

El gobierno actual espera ser más feliz, ahora que la Europa ha andado mucho terreno desde el Congreso de Verona.

Francia tuvo, durante los Borbones, una mira interesada sobre Méjico, y no hay razon para creer que, si de instalar tronos se tratára, faltase quien ocupase uno, y aun más de uno, hoy que reina la familia de los Napoleones, cuyos hábitos conocen los Borbones tan bien.

Este gobierno, que no ha sido capaz de asegurar nuestros intereses en la República mejicana, escoje la ocasion de una expedicion francesa para ir tras de ella, hablando, antes que de satisfacciones y pago de créditos, de fundar un trono, ni más ni menos que cuando *apadrinaba aquel proyecto, alguno de los miembros de la familia real.*

Inglaterra fué la primera nacion que reconoció la separacion de nuestras colonias; la que, vuelto Fernando VII á Madrid, despues de su perjurio de 1823, le hizo saber del modo más esplicito y terminante, que *Inglaterra no consentiria que ninguna Potencia ayudase con armas á España, para someter á sus antiguas colonias.*

Este gobierno, que ha vivido tres años bajo los agravios de Méjico, sin inquietarse por eso, elige la oportunidad de una expedicion inglesa, para ir tras de ella, con el propósito que nos han revelado los diarios ministeriales.

Es más: la humillacion llega hasta el extremo. ¡Inglaterra, la que reconoció la independenciam de nuestras colonias; la que se opuso á que nos auxiliáran para someterlas, se niega á que nuestras tropas vayan al lado de las suyas; si accede, es por hacer un favor á la

Francia, la que pensó hace cuarenta años en lo del nuevo trono, y nos dispensa ahora el obsequio de interceder para que se nos admita á formar parte de la expedicion!

¡Y este gobierno funesto, que tuvo valor para decir que nuestro pabellon estaba enmedio del fango, tiene todavía atrevimiento para hablar de honra nacional!

¡Se podria seguir camino más contrario al que aconsejan todas las conveniencias y todos los intereses del país!

Las Córtes de 1822 pronunciaron su fallo, condenando la conducta del general O'Donojú, declarando nulo y de ningun valor cuanto habia practicado.

Las Córtes próximas pronunciarán el suyo acerca de la conducta del general O'Donnell: de su declaracion pende que nos libremos del ridículo que nos espera en Méjico, despues del gran ridículo que hemos recojido en Africa.

Setiembre, 22.—1861.

## LA PRENSA.

Lord Byron escribió un poemita titulado *Las Tinieblas (Darckness)*: en él supone, que una mañana se olvida el sol de aparecer y deja para siempre de iluminar al mundo. Entonces se realiza en la naturaleza una revolución inmensa: las aguas se desbordan; la tierra se esteriliza; el hombre, poseído desde luego de un temor terrible, sufre bien pronto todas las angustias del hambre; se ingenia para encontrar un nuevo foco de calor y de luz; devasta y quema cuanto encuentra; las poblaciones no son más que grandes hogueras; los bosques son presa de las llamas; las naciones salen de sus límites, se persiguen y se destruyen; nadie piensa más que en su propia conservación: poco á poco la humanidad desaparece, y en medio de esta horrible soledad, se encuentran dos hombres huyendo, sobre las cenizas

humeantes aun de una inmensa selva; el uno coje un tizon inflamado, y á esta luz pálida, reconoce á otro hombre delante de sí; á veces apaga maldiciéndola aquella llama descolorida que le advierte la existencia de otro individuo viviente aun, y le infunde el recelo de que acaso no haya bastante calor ni bastante luz para dos seres en el universo asolado.

Con este espantoso cuadro del mundo material privado de luz, hacia el gran poeta presentir lo que vendría á ser el mundo moral si el sol de la inteligencia llegara á extinguirse.

Imagínese por un instante que todo lazo, que todo pensamiento anterior desaparece, que se rompen las comunicaciones con lo pasado, que se borran los trabajos intelectuales con que se han enlazado los siglos, que las generaciones contemporáneas se desprenden de pronto, violentamente, de esa larga cadena que hace que la humanidad se sienta una misma, y que no solo se encuentran así privadas de las riquezas de lo pasado, sino además, sin medio de acercarse entre sí. ¡Qué terrible desórden! ¡Qué horrible vacío! ¡Qué embrutecimiento universal!

¡Piensen un instante en ese espectáculo los que maldicen á la prensa!.... Verdad es que no se asustan con este peligro (cuya realizacion es imposible), porque suelen ellos admitir los libros, las obras científicas y artísticas, los estudios históricos y las efusiones de la poesía: lo que les subleva es la prensa política; en esa descargan toda su indignacion.

Y ¡quién no ve, sin embargo, que si la prensa en ge-

neral es una condicion necesaria del progreso de los hombres, la prensa política debe ser igualmente necesaria al progreso de todas las instituciones políticas de una sociedad?

Trátese, en efecto, de organizar un gobierno en que entre por algo el voto nacional; establézcanse elecciones, Parlamentos, discusiones; adóptese, si se quiere, la forma misma de los Estados-Unidos: los oradores podrán discutir, distinguiéndose en esto de los *satisfechos*; pero sin los socorros de la prensa, su voz se extinguirá en la soledad: los ministros podrán proponer excelentes medidas para diferenciarse de los ministros de la union, pero morirán ignoradas: las elecciones serán un modelo de libertad, y se harán, no bajo la influencia moral del gobierno, sino ilustradas por conciencias estimables; pero el ejercicio de estas útiles virtudes quedará circunscrito á una localidad estrecha, y será perdido para la patria.

Analicense, en fin; descompónganse todos los resortes de este mecanismo social y político que se llama un gobierno libre, y en la cima, en el enmedio y en la base, tendrá por punto de apoyo la publicidad; y ¿qué es la publicidad más que la prensa?

La necesidad de la prensa libre, es, pues, indispensable á toda organizacion social en que se cuente para algo con el público: esta es una verdad sobre la cual está de acuerdo todo el mundo. Siéyes decia, hace sesenta años, que «la libertad de imprenta es un sexto sentido dado á los pueblos modernos.» «Quítennos si quieren todas las demás libertades, exclamaba un orador in-

glés : consiento con tal que nos dejen la libertad de la prensa ; con ella reconquistaremos bien pronto todas las demás.» «La prensa es el cuarto poder del Estado,» dijeron en Francia. Canning fué más adelante aun, cuando pronunció en Liverpool estas notables palabras : «mientras el Parlamento está reunido, gobernamos con él ; eso durará seis meses ; durante los otros seis , el gobierno pasa á la prensa.»

La necesidad misma de la imprenta debia producir forzosamente esta influencia.

¿Qué es en efecto el periodismo? La intervencion activa y permanente del país en sus propios negocios.

El país interviene, en efecto, de dos maneras en la conducta del Gobierno : en ciertas épocas, por la accion ; todos los dias, por la opinion.

Las elecciones modifican el Parlamento, cambian los funcionarios, crean nuevas mayorías en la administracion municipal y provincial ; esta es una intervencion efectiva ; no una idea, sino un hecho. Pero para que esta participacion en los hechos sea útil al bien general, para que lleve consigo el carácter de utilidad pública, para que no se ciña á la localidad y participe del sentimiento del interés nacional todo entero, es preciso que esa intervencion sea preparada por la discusion ; que el estado de la opinion, la situacion política, la direccion del Gobierno, sean conocidos ; que la fiscalizacion de los periódicos se aplique á todos los acontecimientos, á todos los actos, á las mismas leyes.

Ahora bien : este deber de dar á conocer en todos

Los puntos del territorio la situación del país: este deber de ilustrar á los ciudadanos sobre su seguridad, así como sobre sus derechos; de prestar una atención continua á las relaciones con el extranjero; de protestar contra actos perjudiciales, vergonzosos ó culpables; de llamar la opinión á manifestar por sí misma su oposición cuando el Gobierno la interroga: este deber, que abraza á la vez el poder y la grandeza del pueblo en el extranjero, su prosperidad en el interior, el progreso de los ciudadanos, la mejora moral de todas las clases, y la material de las que son maltratadas; ese deber, pertenece á la prensa.

Su misión no es de un día determinado, sino de todos los días; su actividad no debe disminuir nunca, su conciencia no debe torcerse jamás, su vigilancia no debe dormir un minuto: para todas las demás funciones hay reposo; para la prensa, ninguno: es preciso que vele por los que duermen en medio de la indiferencia y la apatía; que guarde siempre el calor de sus convicciones, la energía de su alma; que desprecie la calumnia, que desafíe los sinsabores, que haga frente á las hostilidades del poder; que luche contra el ódio de unos, la preocupacion ó la estupidez de otros, y la injusticia de sus propios amigos: es preciso que se ocupe cada día del hecho corriente que preocupa al país; que ataque á los hombres, sin temor á las enemistades; que discuta las cosas, por delicadas que sean; que estudie uno á uno los proyectos de ley en los períodos parlamentarios, y haga sentir su importancia, y elabore la discusión y prepare el trabajo de las Córtes, luchando

siempre porque los intereses graves triunfen del monopolio y del privilegio.

En resúmen : no hay sistema constitucional, no hay Gobierno representativo, no hay libertades sin la libertad de la prensa ; puede haber épocas revolucionarias, momentos de dictadura ; pero la revolucion y la dictadura serán escepciones, necesarias acaso alguna vez, pero siempre funestas y terribles cuando se prolongan ; la libertad de la prensa no tiene nada que hacer en tiempos de ese género ; su mision es ayudar al progreso regular y pacífico, en que el movimiento se hace por la inteligencia, en que la sociabilidad se perfecciona al resplandor de todas las ciencias y de todas las artes, á la luz de todos los talentos.

Sentados estos principios, importa examinar :

Si hay hoy en España libertad para que la prensa llene la mision que le corresponde ; porque si resulta que no la hay, no es posible sostener que haya aquí ninguna de las demás libertades á cuya aspiracion viene consagrando el país hace medio siglo la sangre de sus hijos y el fruto de su produccion.

Si estamos atravesando un período de revolucion ó un período de dictadura ; porque si el país se halla en un estado normal y la dictadura no tiene disculpa, y además se prolonga, el estado de España es el más deplorable á que puede llegar un pueblo en punto á Gobierno.

Otro dia haremos ese estudio que el estado en que se vé la prensa hace necesario.

Junio 16.—1861.

## NUESTRO NÚMERO DE HOY

HA SIDO RECOGIDO.

---

Quando pasamos la vista por la prensa de Madrid, por la prensa independiente, nos ponemos en el lugar de público de las provincias, al cual llegan tarde é imperfectamente las noticias que en Madrid trascienden de arriba á abajo con bastante exactitud, y sentimos cierta curiosidad de conocer el efecto que harán á las personas distantes de la capital, los periódicos que la capital les envia.

Aquí, donde por aislado que viva cualquiera, y por alejado de los círculos políticos, recibe, más ó menos pronto con más ó menos detalles, informaciones de todo lo curioso que pasa, es fácil á todo el mundo explicarse las cosas; pero pongámonos en lugar del habitan-

te de provincia, y habrá que convenir en que muchos días los periódicos han de ser para ellos verdaderos geroglíficos, cuya solución no basta á encontrar la paciencia más privilegiada.

La consabida advertencia, «*Nuestro número de hoy ha sido recogido,*» que todos los diarios que no sirven á las órdenes del ministerio necesitan tener estereotipada y dispuesta siempre, como que es la frase de que más ediciones se han hecho en España bajo el imperio de esta situación, restauradora del sistema representativo, esa sola advertencia entraña un mundo de ideas y de conjeturas.

«¿Qué diría este periódico?»—se preguntará cada uno.—¿Qué conato de crimen cubrirán estas líneas? ¿Qué peligro habrán evitado á la sociedad? ¿En qué artículo de la ley Nocedalina habrá tropezado el escritor de ese artículo? ¿Atacaría á instituciones inviolables? ¿Por qué no le habrán dejado correr para que el país viera la primera prueba de que la prensa se ha lanzado en ese camino, como han dicho, gratuitamente hasta ahora, los que la ven de mal ojo? ¿Acusaría á D. Leopoldo? ¿Por qué no recoge antes su biografía, sus programas y sus discursos? ¿Ofendería al ministerio? ¿Por qué el ministerio no empezará recogiendo sus circulares y sus notas y sus actos, y acabará por recoger las ofensas de Mr. Billault, si es que de las ofensas se resiente?»

Todo esto, y mucho más que esto, se dirá cada cual: nosotros no conocemos pluma alguna, por privilegiada que sea, capaz de recoger todos los artículos, no for-

mulados, pero de la más violenta oposicion, que inspira esta sencilla frase : *Nuestro número de hoy ha sido recogido* : con decir que esta línea es un convite á pasar revista en la memoria á todas las hojas del proceso de esta situacion, basta y sobra para figurarse hasta qué punto será subversiva, sediciosa é incendiaría la imaginacion del lector, que al desdoblar su periódico tropieza con ese terrible artículo de oposicion en renglon y medio.

Pero además de la tal advertencia, tienen ahora los lectores de provincias otro entretenimiento, que ha venido á reemplazar con ventaja el antiguo entretenimiento de deshacer nudos gordianos.

Figúrense Vds. que se dá al mundo un documento de cierta importancia: citemos como ejemplo la última allocucion de Su Santidad; el lector que paga su periódico para que le evite el trabajo de hacer un estudio de tales escritos, para que le ayude á formar su opinion, va á buscar el juicio que no duda publicará, como tiene de costumbre; le busca en vano; no dice una palabra: espera mal humorado al dia siguiente; su periódico calla como un muerto: lo más que dice es : *Nuestro número de hoy ha sido recogido* : entonces el suscriptor, descontento de su periódico, va á pedir el suyo al vecino, y le encuentra en el camino viniendo á hacerle igual peticion, porque se halla en el mismo caso : echando á coro pestes, que se reparten entre dos diarios, se dirigen los dos suscritores á parage donde puedan encontrar reunidos todos los de Madrid, y haciendo el trabajo á medias, los leen desde el título al pié de im-

prenta: ¡cosa singular! De toda la prensa de Madrid, solo los periódicos ministeriales y neos se ocupan de la alocucion.

Este exámen produce un diálogo; el diálogo atrae otros curiosos que toman parte en la conversacion, y la conversacion se convierte en una discusion que no nos encargariamos nosotros de insertar en *La Iberia*, reinando el sentido comun de Posada y el lápiz rojo del representante de la juventud unionista.

Pero no para aquí el trabajo que pesa sobre el lector lejano de Madrid.

Como tiene la experiencia de que por los periódicos ministeriales no llegan á él expontáneamente más noticias que las de nombramientos y ascensos, las personales de funcionarios que van y vienen, las busca en los de oposicion, que son los que provocan todas las que interesan al país.

Y estampa un periódico, por ejemplo, esta pregunta: «¿Querrán decirnos los órganos del gobierno qué hay sobre tal desfalco, sobre tal contrata, sobre tal reconocimiento de buques, sobre tal negocio, sobre tal asunto?»

El lector va á buscar al dia siguiente la respuesta en los diarios situacioneros; tropieza con la noticia de que D. Fulano va con licencia á remojarse en los baños de tal parte, de que D. Mengano se marcha con su mujer y sus hijos á estudiar la Exposicion de Lóndres; pero no encuentra la respuesta deseada.

Al dia siguiente repite el trabajo, y recibe repetido el desengaño: esta vez la cosa cambia; los periódicos

de oposicion repiten todos las preguntas; los ministeriales enmudecen, y naturalmente se repite la discusion de que arriba hemos hablado.

Llega otro dia, y la prensa independiente dice: «Ayer se recibió un despacho telegráfico de tal capital extranjera, que debe ser grave, segun lo que preocupaba á los situacioneros;» ó bien: «Ayer se celebró un largo Consejo de ministros, en que se trataron cuestiones que dieron lugar á sérios altercados entre los ministros tal y cual.»

Aquí hay motivo para excitar la curiosidad del hombre menos curioso. ¡Un parte telegráfico que los situacioneros tenian por grave! ¿Qué diria el parte? ¿Dónde estará la gravedad de su contenido? Échense Vds. á discurrir todas las cosas graves que pueden caber en un telégrama, y más que esas pasan por la cabeza del lector de provincias, cuya imaginacion, como más en calma que en la corte, es mucho más fecunda en suposiciones: un Consejo de ministros que dió lugar á altercados entre mandarines que han jurado partir por mitad con los dientes su último bocado presupuestivo! Sigán Vds. discurriendo.

Pero al fin las suposiciones no tienen más duracion natural, que las veinticuatro horas que median de un correo á otro: el próximo llegarán los servidores que el gobierno tiene en la prensa, y el lector sabrá á qué atenerse.

Esta vez los lectores están con una hora de anticipacion á la puerta de la administracion de correos: cada cual rasga la faja, y algunos rasgan con la prisa la mi-

tad de un artículo destinado á sostener que esta es una situacion seria.

El que tiene *La Correspondencia* en la mano lee :

« Con decir que ayer estuvo D. Leopoldo escogiendo cacerolas para los ranchos de la infantería, está contestado lo del supuesto Consejo de ministros, que no ha existido sino en la mente de los redactores de tal ó cual periódico. »

Y lee el que se ha echado á nado por los párrafos de *La Epoca*:

« El periódico tal dice lo cierto, citando el Consejo de ministros celebrado ayer, que duró diez horas y diez y nueve minutos y medio ; pero está completísimamente equivocado suponiendo que se tratára de cuestiones que produjeran altercados de ningun género entre los *dignísimos, eminentísimos* y *sapientísimos* señores D. Fulano de tal, *título* de tal, *descendiente* de la estirpe de cual, y el Sr. D. Mengano, *título* de tal, de la *egregia* familia de cual : el Consejo tuvo *harto* de que ocuparse el tiempo que estuvo reunido, estudiando unas herraduras de nueva invencion que impedirán á la caballería sublevarse cuando un general quiera repetir las maniobras de Canillejas. »

Y lee el que ha cogido *El Constitucional* :

« Si lo del altercado en el Consejo de ministros es cierto, nadie está más indicado para reemplazar á don Fulano, que uno de los que, desacomodándose del partido progresista, llevan con la mayor humildad la librea del general O'Donnell. »

Y lee el que ha asido *El Diario Español* :

Es decir, este no lee nada que no hayan leído los otros; es una segunda edición cortada con las tijeras.

Los lectores se miran unos á otros y exclaman: «¡No hemos visto jamás cosa que se parezca á esto!»

Por lo que hace al telégrama grave, sucede lo mismo exactamente.

*La Correspondencia* competentemente autorizada, dice que en lo que va de año no se ha recibido ningun despacho telegráfico del punto que se indica.

*La Epoca* confiesa que es cierto el despacho; pero que lejos de ser grave, es una *admirable* respuesta á la *previsora* pregunta que el *grande y magnífico* duque ha hecho al extranjero, para saber cómo se podrian adquirir y convertir en cuarteles, con el mayor gasto posible, todas las fábricas de España.

*El Constitucional* conviene en que el despacho es grave y de mucha trascendencia, y añade: «Esta es la mejor prueba de la conveniencia de que el general O'Donnell se sirva llamar á su lado á los que con tanta lealtad y con tanta humildad llevan su librea hace años, desempeñando funciones de escalera abajo.»

*El Diario Español* corta con las tijeras lo que dicen los otros, menos lo de *El Constitucional*.

Eso es la prensa de Madrid, vista desde provincias, en esta época de restauracion del sistema constitucional.

En otra que no habia hecho alarde de esas pretensiones, habia más franqueza: un índice espurgatorio de materias, señalaba á los periódicos la parte prohibida, y la prensa, como saben muy bien *La Epoca* y *El Dia-*

*rio Español*, tenía la ventaja de decir á sus suscritores: «Sébase que si no nos ocupamos de tales y cuales asuntos (y los enumeraba uno por uno), es porque de oficio se nos ha manifestado que no se nos permitirá tomarlos en boca.»

Hoy, bajo el mando de los hombres que hallaban aquello tiránico, y con razon, sucede otra cosa peor: que las materias prohibidas no se saben de oficio, como entonces, sino á costa de una série de recogidas: ahora el gobierno no se toma el trabajo de formar el índice espurgatorio; tenemos que formárnosle nosotros mismos y nuestros lectores.

Julio 13.—1862.

## PROGRESO EUROPEO.

Uno de los más difíciles y más importantes resultados que el progreso va rápidamente alcanzando, es la solidaridad de intereses entre los pueblos, la ruina de aquella política egoísta que vió imposible el sacrificio de Polonia y la opresión del Véneto, y tantos otros desastres como han acontecido impunemente en Europa; ahora, cuando la humanidad sufre en una parte, se siente de rechazo el sufrimiento en la parte opuesta: cuando la libertad brilla en un punto, tiene rayos de luz que anuncian la buena nueva en el punto más distante.

Esta fusión de intereses; esta fraternidad universal iniciada tanto tiempo há, lentamente desenvuelta y próxima á realizarse, está ya dando por resultado, una liquidación de todas las ideas, una cuenta corriente abierta á todas las naciones, para llegar al balance ge-

neral que ha de poner término á la agitacion presente.

La filosofia ha llegado á propagar esta ley de la naturaleza: que el bienestar de un pueblo está siempre en razon directa de su libertad, y su pensamiento en razon directa de su bienestar.

Una tristísima experiencia ha demostrado que no hay un ejemplo, uno solo, de nacion ninguna rica bajo la mano del despotismo.

La facilidad de comunicaciones ha hecho palpables á los ojos de los viajeros más obcecados, las huellas de la tiranía y los resultados de la libertad.

Siempre que se encuentra un país despoblado y medio inculto, ó yermo por entero, poblaciones sin animacion, arruinadas ó muertas en sus extremos, no se necesita preguntar qué clase de gobierno ha pesado sobre aquella tierra estéril; de seguro que se halla uno en Austria, en los Estados romanos, en Turquía.

Siempre que se halla un país que camina á la carrera por la senda de su prosperidad; que acumula el trabajo por minutos; que gana al tiempo en velocidad; cuyo suelo es una máquina latente, incesantemente ocupada en tejer, en fundir, en producir, en crear; cuyo movimiento hace estremecer en inmensas ondulaciones todas las partes de la circunferencia, no hay que preguntar quién siembra aquella vida en el espacio: por allí está la libertad; por allí anda la civilizacion, siguiendo los pasos de Dios y esforzándose en imitar sus milagros: aquel pueblo que atraviesa por todas partes los abismos y los rios como un rayo; que lleva

tras de una locomotora poblaciones enteras, para cambiarlas por otras en todas direcciones; que parece ansioso de extender el cambio de sus habitantes y de sus ideas al Continente entero: aquel pueblo es Inglaterra, Bélgica, Francia, el Piamonte.

A costa de desgracias para la humanidad, se ha nutrido esta experiencia de los resultados que producen los dos sistemas de gobierno, en lucha abierta por espacio de tantos siglos; de la experiencia ha brotado la verdad, que ha tenido tantos misioneros y tantos mártires: estos misioneros y estos mártires han traído la revolución, que ha acabado de abrir los ojos de los pueblos, y la duda se ha convertido en fé y la fé se ha grabado en los corazones, y lo viejo se desploma para hacer plaza á lo nuevo.

El núcleo del absolutismo, la ciudadela amenazadora de la tiranía, abdica ante el espíritu de las naciones liberales; los papeles se cambian: ya no es el Norte quien impone al Mediodía, sino vice-versa; entre la amistad de sus antiguos aliados y la de Inglaterra, la Prusia escoje sin vacilar la última; entre la concordia con Austria y Francia, la Rusia no duda en decidirse por esta.

La gloria ha cambiado de naturaleza: ya no es el héroe el hombre de la guerra, sino el hombre de la idea; los soldados rusos y austriacos no inspiran espanto: vedlos allí como siempre, pasivos, inertes, alineados, fundidos en la misma turquesa, vestidos con el propio uniforme; si se mueven, es como por resorte, á una señal, á una órden, á un ademan, á un latigazo: así

van maquinalmente del cuartel á la parada, y vuelven marcando el paso de la parada al cuartel; si saben matar, si saben morir, es porque el fusil tiene á la punta una bayoneta; la muerte es para ellos una distraccion, porque el fuego les despierta el instinto de su existencia, porque una cuchillada rompe la monotonía de su vida: pero, victoriosos ó vencidos, ¿qué queda de su paso por la tierra, despues de una de esas lluvias de plomo que se llaman batallas? Humo de pólvora y una pila de cadáveres en algunas tierras: solo el que las labra, al ver poco despues los frutos más crecidos que otros años, sospecha la existencia de los soldados que allí cayeron. Pero, ¿qué servicio hicieron á la civilizacion? ¿Qué riqueza crearon á la humanidad? ¿A qué obra contribuyeron? ¿Qué yerba plantada por su mano dejaron tras de sí en su último sendero, para dar testimonio de su utilidad? Pasaron su vida limpiando trescientas sesenta y cinco veces por año la chapa de su cinturón, y al fin murieron para que el emperador de Rusia ó de Austria se volviera al palacio de donde salió al concluir la campaña: el león herido gana á paso lento la maleza para morir al abrigo de ella; también él es valiente en un momento dado: si este género de valor es un mérito, le damos la prioridad.

Los soldados del Norte son los mismos; pero los del Mediodía han cambiado: ya no van á luchar por el dominio de un emperador sobre otros emperadores; van á combatir por las ideas: por eso Inglaterra y Francia pusieron en evidencia, derribando las murallas de Se-

bastopol, lo que habia de verdad en el poder de la Rusia, al propio tiempo que dejaban á su paso la huella de la civilizacion; por eso un pueblo sin importancia, supo improvisar un ejército y demostrar que era digno del apoyo que le prestó la Francia para desenmascarar otro fantasma, venciendo al Austria en la Lombardia; por eso un aventurero (desdeñado de esos que pintándonos como una ciencia sublime vencer al enemigo, son siempre oscurecidos por otros tantos profanos en los misterios de su sabiduría) ha conquistado con 2,000 paisanos un reino defendido por 80,000 soldados, organizados por una multitud de capacidades militares. Los voluntarios del Piamonte no eran máquinas inertes, eran hombres que tenían un pensamiento; no se movían por resorte, sino por patriotismo; no avanzaban á latigazos, si no movidos por su entusiasmo; no mataban por matar, no morían porque la vida les fuera indiferente, sino por dejar tras de sí una patria en el Piamonte, por alcanzar la independendia para Lombardia, porque Italia llegara á ser una gran nacion.

Y no es solo en el terreno de la fuerza, cada dia más impotente, donde lo nuevo se apodera de lo viejo, sino en la esfera más fecunda de las ideas: por todas partes el absolutismo cede, transige, se declara vencido. Solo en lo que va de año, hemos visto al rey de Nápoles asiéndose tardiamente como á la última tabla de salvacion, al régimen constitucional tan insensatamente resistido mientras se fiaba en sus elementos de fuerza; al emperador de Austria, acogíendose á reformas liberales con la esperanza de conjurar los síntomas de intran-

quilidad de sus pueblos ; al emperador de Rusia, rompiendo las tradiciones de hierro de su país, para abrir la puerta á las concesiones : y ningun gobierno, ningun poder se atreve ya á vivir de su crédito exclusivo ; todos buscan el crédito en las demás naciones, todos se preparan á la liquidacion general para que están emplazados los pueblos en el gran libro del porvenir.

Penetrados todos de la inevitable residencia á que han de ser sometidas, un poco antes ó un poco despues, las condiciones en que viven las diferentes familias europeas ; no todos, sin embargo, aprovechan este plazo concedido á los poderes retardados en el cumplimiento de su mision : hay naciones, como Inglaterra y Bélgica, que tienen al corriente su cuenta abierta ; hay organizaciones, como Francia, que no pierden de vista el destino definitivo de la humanidad ; hay otras, como Alemania, que al paso que encierran en su alma la seguridad de las profecías políticas, tienen á su frente quien no ajusta á ellas su sistema, sino arrastrado por la necesidad ; hay, en fin, gobiernos hipócritas, que fingiéndose de acuerdo con el movimiento de las ideas, las resisten parapetados tras de mentidos nombres y falsos aparatos de liberalismo.

España, por desgracia, se halla en este último caso : si la Europa pregunta á los hombres que rigen sus destinos, qué gobierno es este, la dirán que es un gobierno constitucional ; pero si deseando estudiar el espíritu del país, cree encontrarle formulado en las notas á Inglaterra, en los memoriales de categoría nacional que ridiculamente la fueron presentados, en las insensatas pro-

testas contra la insurreccion de Italia; si se fia de las predicaciones de los diputados y los diarios ministeriales, se persuadirá de que aquí, la nacion que tantos sacrificios ha hecho por su independencia y su libertad, ni guarda simpatías para la independencia de otros pueblos, ni amor á la libertad, ni virtud ni patriotismo.

Es importante, en circunstancias como las presentes, desenmascarar á los hipócritas del constitucionalismo y presentarlos tales cuales son, pintados, no con los colores del espíritu de partido, sino con la verdad fotográfica de sus actos y de su conducta: los equívocos son hoy funestos como nunca.

Es del más alto interés decir la verdad: declarar por nuestra parte, que si hay aquí algunos miles de egoistas indiferentes á la independencia de otros pueblos; pandillas de especuladores políticos estacionados en las ideas de aquella monarquía de mercaderes corrompidos que organizó Luis Felipe, y que consideraban de mal gusto hablar de libertad, de virtud y patriotismo, hasta que *la revolucion del desprecio* acabó con la moda; hay en España un pueblo, heredero legítimo de las glorias de 1812 y de 1834, que conserva intacto, como un depósito, el alma sagrada de la patria, y que cuando oye pasar por el aire los suaves ecos de la independencia y la libertad de otros pueblos, experimenta hasta en la última fibra de su conciencia, el dulce estremecimiento que siente el desterrado, al traerle la brisa errante el canto de sus montañas y con él la aspiracion de su vida.

Por humilde que sea nuestro conducto, por desauto-

rizada que sea nuestra voz para hacer esta protesta de tanta y tan repugnante hipocresía, nos creemos obligados á levantar, en cuanto podamos, el velo de constitucionalismo con que se encubre á la Europa una situación esencialmente arbitraria; hacer anatomía de los elementos en que se apoya, y vindicar á la opinion pública de toda connivencia con lo que en nombre del país se dice á los gobiernos extranjeros. Al llenar esta mision, que terminaremos en otro artículo (1), nos parece escribir bajo las miradas de las dulces y queridas sombras de los hombres de 1812, que reposando en su inmortalidad, dejan caer sobre nosotros de lo alto de su apoteosis, un rayo más de su fé y una mirada de gratitud.

Noviembre 20.—1860.

---

(1) El artículo ofrecido fué secuestrado.

## EL DERECHO DE HABLAR DE ROMA

### ES TRADICIONAL EN ESPAÑA.

El progreso de las sociedades eleva ante nosotros cuestiones inmensas, no ya bajo su antigua forma de vagas teorías entregadas á la discusion, sino con el acompañamiento de hechos rápidos que traen consigo la realidad y la práctica de principios anunciados hace mucho, discutidos largo tiempo y admitidos y maduros en la opinion. La prensa tiene el deber de penetrar en esas cuestiones con el respeto que merecen ciertas cosas, pero con la firmeza que da la certidumbre de no buscar, de no llamar más que la verdad: el tiempo en que nos hallamos, las necesidades actuales y hasta la ansiedad que procuran sembrar en los ánimos los que presentan los hechos por el lado favorable á miras pe-

queñas de parcialidad y no por su faz exacta, nos empujan á tratar de asuntos que afectan al principio de la vida moral.

Hay además una razon que nos exige el cumplimiento del deber que tenemos para con el público, de combatir los errores con que se intente extraviarle; no solo se insiste en esta tarea, no solo se confunden intencionalmente las cosas, no solo se las reviste de caractéres alarmantes, sino que los autores de este sistema de discusion, pretendiendo ejercer el monopolio de las opiniones, sostienen que sus adversarios carecen de derecho para oponerles las suyas; es más aun: las condenan *á priori*, sin escucharlas y sin rebatirlas, y lanzan excomuniones sobre todo el que dice una palabra que no se halle conforme con las doctrinas que se proponen sostener.

Esto, ni más ni menos, está pasando con la cuestion de Roma.

Es ya insoportable esa algarabía, fundada en dos bases igualmente deleznales con que algunos periódicos intentan hacer callar á todo el que no sea eco suyo: un dia nos dicen que no debe tolerarse aquí juzgar los sucesos políticos de Roma, porque jamás se ha permitido en España, en atencion á ser un país católico por excelencia, donde las tradiciones y las costumbres se oponen á toda idea sobre la ciudad santa, que no sea la obediencia ciega al Pontífice, con lo cual, confundiendo de un modo deplorable lo temporal con lo espiritual, el rey de Roma con el Papa, lejos de enaltecer al Vaticano le rebajan, lejos de conservarle su respetabilidad

religiosa, pueden debilitarla mezclándola con un carácter político á todas luces vulnerable, pero por fortuna independiente: otro dia, cuando abogando por esta independencia, se citan textos sagrados que lo demuestran de un modo incontestable, dicen que hay en ello una verdadera profanacion, que solo los doctores de la Iglesia pueden apreciar las bases de nuestra religion, y que cuando ellos no han visto obstáculo en que el Papa sea rey, sino por el contrario, lo consideran como un hecho providencial, los profanos deben callarse: al dia siguiente, y al otro y siempre, vuelven á tocar á silencio; sus palabras no tienen nunca por objeto discutir, sino pedir que no se discuta.

Tiempo es ya de atajar toda esa pobre palabrería con datos que destruyan tan tristes recursos.

No es cierto que ni en nuestras leyes, ni en nuestras costumbres, ni en nuestras tradiciones, aparezca ese convenio tácito ó solemne de no discutir jamás sobre Roma: precisamente sucede todo lo contrario; no solo se ha hablado y se ha escrito mucho en todos tiempos, aun en los en que la Inquisicion tenia encendido su impío brasero, sobre el poder temporal de los Pontífices, sino que desde tiempos muy antiguos era cosa frecuente lamentarse de los desórdenes de la curia romana y de los vicios de aquel gobierno, contra el cual es sabido que el nuestro se ha visto en la necesidad de reclamar en diferentes épocas.

Pero Juan Ruiz, arcipreste de Hita, se burlaba en el siglo xiv, de la codicia que habia cerrado los corazones de los que tenian á su cargo el gobierno de la

Iglesia; véanse, para muestra, estos cuatro versos:

«Si tovieres dineros habrás consolacion,  
Placer é alegría, del Papa racion,  
Comprarás parayso, ganarás salvacion:  
Do son muchos dineros es mucha bendicion.» (1)

Pero Lopez de Ayala, en el *Rimado de Palacio*, decia, entre otras cosas mucho más vehementes que no queremos reproducir:

«La nave de Sant Pedro está en grand perdicion,  
Por los nuestros pecados et la nuestra ocasion.»

.....  
«Perlados sus eglesias debian gobernar  
Por cobdicia del mundo y quieren morar  
E ayudan revolver el regno á mas andar,  
Como revuelven tordos el pobre palomar.» (2)

Fray Joan de Padilla, ingénio que floreció á fines del siglo xv y principios del xvi, discurriendo sobre los abusos que se cometian en nombre de la Iglesia, decia en *Los doce triunfos de los doce Apóstoles* (3):

(1) Coleccion de poesías castellanas anteriores al siglo xv, recogidas por D. Tomás Antonio Sanchez. Madrid: 1790, tomo IV, pág. 76.

(2) El *Rimado de Palacio* se imprimió por primera vez en la *Revista de Madrid* el 8 de Diciembre de 1832.

(3) «Fechos por el cartuxano; pffeso en Sca Maria d' las Cuevas en Sevilla.» «Acabose la obra de componer domingo en xiiij de Febrero de mill y quinientos xviiij años. Fue empre-mida en la muy noble y muy leal cibdat de Sevilla.»

«Y es simonia tan mísero mal  
 Que sin la pecuña las cosas sagradas,  
 Muchas vegadas se dan solapadas  
 Por los honores de lo temporal.  
 Anda con esto la mano fiscal,  
 La mano no menos con sus promisiones:  
 Pactos anexos con mill condiciones,  
 Haziendo terreno lo espiritual  
 Y más temporales los célicos dones.»

Bartolomé de Torres Naharro, clérigo él, escribió, casi á las puertas de Roma, en Nápoles, el año de 1517, varias obrillas en que desahogaba la indignacion que guardaba su pecho, al ver los desórdenes y escándalos de mucha parte de los eclesiásticos romanos, hé aquí una pequeña muestra :

«Su gloria es el mundo, su Dios el dinero:  
 Tras este envejecen los hombres en Roma:  
 Despues que entre manos codicia los toma,  
 Destientan tres de años tras un beneficio.»

Justicia en olvido, razon desterrada:  
 Verdad ya en el mundo no haya posada:  
 La fe es fallecida y amor es ya muerto,  
 Derecho está mudo, reinando lo tuerto.  
 Pues ¿la caridad? no ay della memoria,  
 Ni ay otra esperanza, sí, de vana gloria,  
 Ni en otro se entiende sino en trampear,  
 Quien sabe mentir, sabrá triunfar.

Quien use bondad la cuelgue del cuello,  
Quien fuere el que debe que muera por ello. (1)

En *La Propalladia* (2), del mismo autor, se lee :

Como quien no dice nada  
me pedís qué cosa es Roma:  
por Dios segun es tornada  
que en pensar tan gran jornada  
sudor de muerte me toma,

.....  
digo que en Roma es lugar,  
do para el cuerpo ganar,  
haveis de perder el alma.

.....  
Fama tiene que me espanta;  
pero consejos á vos  
que busquemos gracia tanta  
pues á Roma llaman Sancta,  
que Sanctos nos haga Dios.

El P. Fray Francisco de Osuna, en la quinta parte del *Abecedario espiritual*, dice :

« Y como los obispos, los mas tienen mas cuidado de las rentas que de las animas, nunca ay castigo y aun todos ellos no son limpios deste pecado. Todo este mal maldito viene de donde avia

---

(1) Sátira inserta en la *Rethorica* de D. Gregorio Mayans y Ciscar, ediciones de 1757 y 1786.

(2) Madrid, 1593; publicada por primera vez, segun unos en Roma, segun otros en Nápoles.

de venir la perfeccion, que es de Roma. De allí viene toda maldad; que así como las yglesias cathedrales avian de ser espejo de los clerigos del obispado y tomar allí exemplo de perfeccion, así Roma avia de ser espejo de todo el mundo y los clerigos allí avian de ir no por beneficios sino por deprender perfeccion, como los de los estudios y escuelas particulares van á se perfeccionar á las universidades. Pero por nuestros pecados en Roma es el abismo destes males y otros semejantes. Y como los mas eclesiasticos de las iglesias cathedrales van á Roma, quasi todos, quando vienen, traen esta pestilencia y así nunca la dejan hasta que mueren. Así que de los mayores desprenden los menores y así todo va perdido en la yglesia de Dios.» (1)

El doctor D. Juan de Sepúlveda, capellan y cronista de Cárlos V, en un diálogo intitulado *Demócrates* (2), dice lo siguiente:

« ¿ Parécete que despues que las riquezas eclesiasticas tan sin medida crecieron y los obispados, no solamente el romano mas otros muchos, comenzaron á ser como reinos, sea la santidad y religion de los clerigos igual á la de aquel tiempo (el de la iglesia primitiva) cuando Sant Pedro y los apóstoles bivian de la limosna de las personas devotas y Sant Pablo, al tiempo que predicaba el evangelio, no cesando de trabajar noches y dias, ganaba de comer por sus manos? »

Basta con estas citas, que no son más que frases sueltas de escritos vehementísimos contra Roma (en

(1) *Guía del cielo* compuesta por el muy R. P. Fr. Pablo de Leon, de la órden de predicadores, maestro en Sancta Theología. Agora nuevamente impresso en Alcalá de Henares por Juan Brocar 1353.

(2) Fué impresso en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, en casa de Juan Combrejer, difunto que Dios aya. Acabose á veynte y ocho dias del mes de Mayo de 1541 años.



las cuales hemos huido por cierto de la parte más dura y más fuerte), para probar la falsedad de esa cantinela de ciertos periódicos sobre la prohibicion que suponen haber estado aquí en uso de hablar contra Roma; si no se dan por satisfechos con lo poquísimo que hemos copiado por via de muestra, sin salir de lo que encontramos en una curiosísima obra de un autor contemporáneo, dispuestos estamos á remachar el clavo, añadiendo á esas citas otras muchas, publicando, no frases sueltas, sino trozos enteros de escritores de los siglos xv, xvi y xvii (de curas ó frailes casi todos, á mayor abundamiento), que seguramente no encontrarían hoy, en mitad del siglo xix, libertad para qué su pensamiento viera por primera vez la luz pública, aunque la hallaron á la faz de la Inquisicion en los tiempos de su mayor preponderancia, sin que el Santo Oficio las incluyera en su famoso Indice espurgatorio.

Y á propósito de él, citemos para concluir y como ejemplo á nuestros modernos inquisidores, por medio del periodismo, un párrafo de Lorenzo Palmireno, erudito del siglo xvi, que prueba que el mismo negro tribunal, tan severo como es sabido, acostumbraba mitigar sus rigores, dejando correr obras que hacian falta á los amantes del estudio ó al esclarecimiento de la verdad, á pesar de que el Papa prohibia en sus índices la lectura de ellas; dice así:

«Despues de acabado el librico conferiendo con el catálogo del Santo Oficio de Castilla, hallé solamente ser prohibido sobre los *officios de Ciceron*. Dios le dé mucha vida al inquisidor mayor, que ha sido en ese y en otros libros más liberal con los